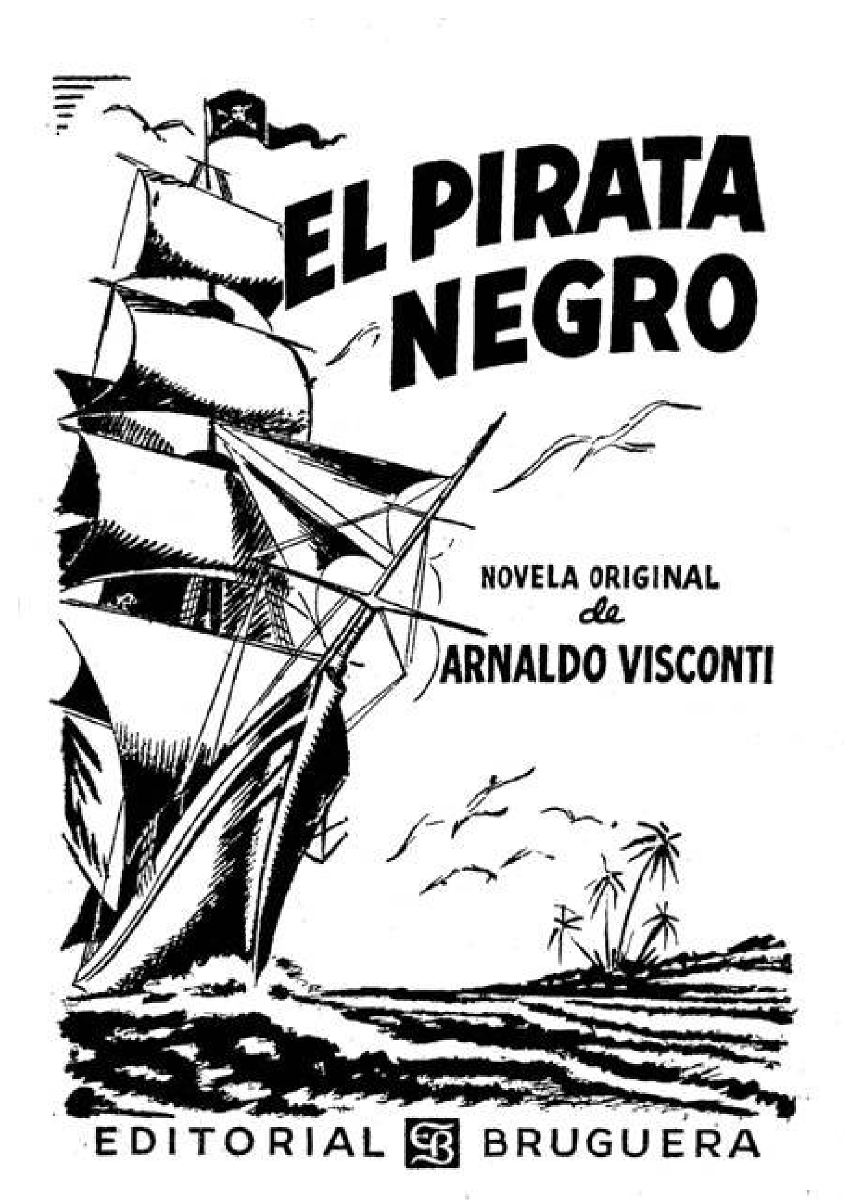
EL PIRATA NEGRO

CONT
UN EP
COM

por
ARNALDO VISCONTI

SEÑUELOS VIVOS




EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Señuelos vivos

Colección El Pirata Negro n.° 83

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949


SEÑUELOS
VIVOS

CAPÍTULO PRIMERO

El punto vulnerable

Desde lejos la montaña semejaba el gigantesco lomo de un camello. Esto habríale parecido a un naturalista. Un joyero o un caminante dotado de un sentido más poético habría manifestado que la configuración de aquel elevado monte dividido en dote porciones picudas por un hondo abismo le recordaba una alta diadema de las usadas por las damas en la Edad Media.

La montaña Llamábase Diadema y erguíase en la comarca de la Quebrada, región por donde el largo Uyacall serpenteaba para internarse al Este hacia la tierra inexplorada de las Amazonas legendarias.

Era una comarca desierta, aunque su fertilidad natural y la belleza de su panorama hubieran podido atraer colonizadores. Pero hacía peligrosa la comarca su lejanía de todo poblado y su proximidad con la tierra embrujada y maldita de los jíbaros, los salvajes enanos cortadores de cabezas...

No obstante, en la cima de uno de los picos, aunque oculto por la vegetación, veíase un grupo humano extrañamente dispuesto.

Lo formaban cuatro hombres, sentados en curiosa posición. Dos de ellos espalda contra espalda, miraban, respectivamente, al Sur y al Norte. Los otros, apoyados en los hombros de éstos, miraban al Este y al Oeste.

Entre sus rodillas cruzábanse un mosquetón y una lanza. La piel olivácea de sus rostros denotaba el mestizo, y la oblicuidad de sus ojos indicaba al procedente de la punta meridional del territorio chileno.

No obstante, la comarca donde se hallaban acampados más de trescientos individuos muy semejantes en atuendo, visaje y

armamento, a los cuatro centinelas, era la zona limítrofe con el Amazonas, el Perú y el Ecuador y Colombia.

Componían la tristemente célebre Asociación de los Montañeros, los jinetes errantes que por doquier sembraban crueldades, matando por placer y saqueando por destrozar, ya que sólo llevábanse joyas y monedas.

Viajaban y acampaban formando cuatro escuadrones, cada uno de los cuales tenía por misión tanto el atacar como el defenderse mirando a un punto cardinal.

Cada escuadrón era mandado por un individuo cuyo propio nombre desaparecía bajo la designación del punto cardinal que le era encomendado.

El grupo del Sur, era mandado por el teniente Austral, un mestizo chileno de nombre Chano Sáez, de ojillos pitañosos, levemente cojo y con una ligera deformación del hombro derecho. Le reputaban profundo conocedor de la brujería.

El escuadrón del Norte lo mandaba el teniente Septentrión, un coloso rubio llamado Olaf Ojordom, noruego.

El grupo del Este tenía por jefe a Sat-Song, un oriental, cuya talla le hacía semejar un mestizo chileno.

Había quedado encargado Olaf de vigilar también el punto Occidental, debido a que, por vez primera, uno de los escuadrones, compuesto de ciento cuatro hombres, al mando de Pierre Brigand, teniente Occidente, había partido solo, para saquear el Teatro Real de la ciudad virreinal de Latacunga.

Sobre toda aquella masa de seres bestiales, mandaba y reinaba con poder absoluto jamás discutido un chileno llamado Marcos Cortezo, un hombre de pequeña talla, anchas espaldas, voz imperiosa y mirada fría, indiferente.

Más que un jefe de bandidos, era un engendro demoníaco, que imponía hasta al más escéptico una sumisión extraña.

Era la época de las supersticiones, pero además es que se contaban hechos donde, por misteriosa encadenación de coincidencias, parecía que un poder especial dimanante de Marcos Corteza le concedía facultades sobrehumanas.

Hacía dos días que el grupo occidental había partido hacia Latacunga. La orden de Marcos Cortezo había sido tajante como todas, las suyas: si el teniente Occidente perdía en la incursión más

de treinta hombres, era preferible que se diera muerte.

Fue al crepúsculo del segundo día en que habían partido los Montañeses del grupo occidental, cuando Sat-Song, el lugarteniente oriental, Fue llamado por Marcas Cortezo.

Éste, como siempre, vivía en espléndido aislamiento, como para hacer resaltar su diferenciación, no sólo como jefe supremo, sino también como hombre.

Solía ocupar, en tienda rústica formada por piel sin curtir, el centro del amplio topacio dejado por la formación en rombo de todos, sus Montañeros.

Estaba sentado en el umbral de la pequeña tienda, en la cual debía entrarse trepando, cuando ante él apareció Sat-Song.

El rito era indiscutible: nadie podía dirigir la palabra a Marcos Corteza sin éste hablar primero, ni contestar si éste no lo exigía.

—Siéntate, Sat-Song.

La invitación era una orden, No obstante, Sat-Song era el teniente preferido de Marcos Cortezo. En realidad, había sido Sat-Song el creador de aquella extraña cofradía de asesinos. ¿Cómo llegó a ser el jefe único Marcos Cortezo?

Por la razón de que el propio oriental reconoció que, para mandar en mestizos blancos, era preciso un hombre que, como Marcos Cortezo, fuera respetado por los que le atribuían dotes milagreras.

—Debería ya estar a la vista la vanguardia do Occidente. Confío en ti Sat-Song. Contesta.

—Supuse que desearías obtener informes antes de la llegada de Occidente. Envié espía. He esperado me llamaras.

El rostro de Sat-Song era inescrutable. No podían adivinarse nunca sus pensamientos. Vestía como los demás mestizos, y sobre su hombro colgaba una manta, que a la vez servía de alforja.

Marcos Cortezo no replicó. Limitóse a tender la mano, mientras Sat-Song extraía unas hojas impresas.

Marcos Cortezo leyó el encabezado del librillo impreso, delgado, a lo sumo de cinco hojas: *La Voz del Hurón*.

—¿Qué es esto? Contesta.

—Un español llamado Alfredo Huarte, cuyos nombres figuran como creador de este impreso, ha ido escribiendo lo que sucede y que tenga importancia. Mi espía, mientras recogía el mayor número

posible de comentarios sobre lo sucedido en el Teatro Real, supo por fin que un relato detallado estaba impreso. Trajo el impreso, Habla de lo sucedido a los Montañeros del grupo Occidente en la primera hoja.

Marcos Cortezo volvió a tender La Voz del Hurón. No era porque la escasa luz de la linterna le dificultaba el leer. Deseaba ser tan impasible como Sat-Song, y por eso le devolvió el impreso.

—Lee. Despacio. Sin pausa. Lee.

Sat-Song, no por imitación, sino por idiosincrasia, poseía una pronunciación precisa, al igual que Marcos Cortezo. Sin énfasis ni matiz, sin inflexiones.

Fue leyendo:

“Ha sido pisoteada la venenosa hidra de los monstruos llamados Montañeros. La honesta población de Latacunga esculpirá con letras de oro esta fecha gloriosa. Ha terminado el terror de los jinetes de la muerte errante.

”En esta noche triunfal vibran aún los clamores de júbilo que saludan la gloriosa gesta del conde Ferblanc, nuestro eximio coronel del Tercer Tercio, que a sus muchos galardones como jefe de la Legión del Mar, une desde ahora la indescriptible hazaña de haber sido el exterminador de la funesta asociación de los Montañeros.

"Haremos breve historia. Los Montañeros siempre escapaban al castigo humano por su peculiar forma de atacar. Eran los piratas de tierra, pero aun más indignos, porque entre los de mar siempre había quienes poseían cierta viril arrogancia.

”Los Montañeros, eran bestias inmundas, que, como muy bien ha dicho el coronel Lezama, no merecían siquiera subir a un patíbulo, sino ser exterminados fulminantemente. Sus maldades eran infrahumanas, como si una manada de fieras demoníacas, encabezadas por un aborto de la Naturaleza, no tuviera más propósito que demonstrar que, siendo hombres en su aspecto, no poseyeran de tales más que el aspecto.

”Por su peculiar forma de acampar, era imposible para un ejército organizado atacarles. Empezaba a circular la creencia de las dotes infernales de Marcos Cortezo, su jefe único. Tan absurda creencia, debida sólo a factores de estrategia, se ha extinguido. Los Montañeros han sido pisoteados hasta el último.

"Relataremos brevemente la gesta. Como toda la ciudad sabe, ayer, a las siete de la tarde, reunióse en el Teatro Real nuestra selecta sociedad, para disfrutar de las primicias del arte genial de Humberto, de Ferjus, marqués del mismo título, segundo hijo del coronel Lezama.

"El marqués de Ferjus, joven adolescente que en Europa pasmó de admiración a lote más acerbos críticos musicales, deleitó los espíritus, elevándolos a alturas envidiables con sus composiciones, que su mágico arco interpretó magistralmente.

"Después de recibir un unánime homenaje, los mismos que ovacionaron entusiásticamente al violinista aristócrata, dedicáronse al esparcimiento de la danza. Ignoraban que se avecinaba la más horrenda catástrofe, la hecatombe, donde perecerían todos.

"Y tal luctuoso fin habría tenido la fiesta del Teatro Real, marcando una noche más de luto y una noche más de infernal triunfo de los Montañeros, de no haber sido por dos hombres, dos caballeros de la justa causa, dos paladines heroicos, dos talentos geniales.

"Aludo, como ya habrán adivinado los lectores, al señor Lorenzo Olivares, jefe supremo de los agentes del orden e investigación, y al señor coronel Lezama.

"Según propia versión del conde Ferblanc, ya que la modestia de don Lorenzo Olivares le hizo negarse a toda explicación, que sólo dio al excelentísimo virrey nuestro inteligente jefe de policía, calificado de "Lince" sin ditirambo ni hipérbole, hacía cierto tiempo que venía siguiendo la pista de los Montañeros.

"En realidad, su llegada a Latacunga tenía por fin capturar al bandolero "Pañuelo Negro", pero también se proponía don Lorenzo Olivares lograr la dificilísima captura de los Montañeros.

"El baile habíase iniciado, cuando los agentes don Pablo Loreto y don Roberto Roncal, principales ayudantes de nuestro jefe de policía y eficaces colaboradores para el exterminio de los Montañeros, señalaron en la sala la presencia de un individuo que les inspiraba sospechas.

"Vestía como un caballero, pero los perspicaces agentes olfatearon en él a un individuo criminal. Lo vigilaron estrechamente, sin que él se diera cuenta.

"Cuando el infame abandonó la sala, con aires de paseante

inofensivo, pero que no engañaba a los agentes, éstos lo siguieron al exterior. Le vieron ascender a la torre que remata el edificio del Teatro Real y que antaño fue campanario.

”Con riesgo de sus vidas los dos agentes treparon tras él, aunque felizmente no pudieron llegar a tiempo de impedirle hacer las señales que con una antorcha el Montañero hacía a los demás, que debían estar esperándolas, desde lejos.

"Decimos felizmente, porque, de no haber hecho el infame espía las señales, no hubieran venido los Montañeros y hubiera sido ineficaz la ciudadosa celarla que tendió el coronel Lezama.

”En la lucha que siguió al verse sorprendido el Montañero por los dos agentes, cayó de la torre, aplastándose contra el suelo. Era el primero de los exterminados.

"Rápidamente los agentes comunicaron al señor Olivares lo ocurrido. Y éste, con gran sangre fría, en vez de sembrar la alarma, limitóse a comunicar al virrey lo que sucedía, diciéndole a la vez que el coronel Lezama estaba ya preparando alrededor del edificio la disposición de las fuerzas del Tercer Tercio para exterminar hasta el último de los Montañeros.

”El baile continuó, ignorantes todos menos el virrey. De no haber sido así, si el teatro hubiera quedado vacío, los Montañeros habrían podido sospechar la emboscada, y hoy no tendríamos la felicidad de saber que ya han cesado de ser un peligro para nuestros hogares la inmunda manada de Montañeros.

”Y así, mientras, seguían sonando los dulce:§I compases del minué en el interior, fuera las aguerridas huestes del coronel Lezama aguardaban el momento justiciero.

”Por la genial disposición de los soldados distribuidos según las órdenes del expertísima coronel Lezama, los Montañeros, que avanzaban creyendo llegar como siempre a lugar fácilmente asaltado, penetraron basta el último en la red.

"Estalló la salvadora pólvora, y en breves momentos, los Montañeros, hasta el último, mordieron el suelo para siempre jamás.

”No queremos ser más extensos. Cada ciudadano, por sí mismo, aquilatará la inmensa contribución al bienestar, no sólo de Latacunga, sino de toda la humanidad, que han aportado nuestros jefes el coronel Lezama y el señor Olivares.

”Es natural que les sean enviados obsequios, como he visto. Pero

el mejor obsequio es la entrega incondicional de nuestros corazones y que cuando, en fecha próxima, se realice el enlace matrimonial del hijo mayor del coronel Lezama ron la hija única de nuestro particular amigo y colaborador el caballero don Diego Lucientes, todo Latacunga rinda al paso de la feliz pareja el más entusiasta y emocionado de los homenajes, pues tal boda llena de júbilo el corazón de muestra primera dama, la señora marquesa de Ferjus, y de su esposo, nuestro héroe, el coronel Lezama.

”Ha sido pisoteada la hidra de monstruos llamada “Los Montañeras”. ¡Albricias, ciudadanos de Latacunga! ¡Y loor a nuestras autoridades, que, como siempre, han dado una prueba más, y esta excepcional, de que velan constantemente por la paz el bienestar y la dicha de sus súbditos!

”Alfredo Huarte.”

Cesó de leer Sat-Song.

Marcos Cortezo exigió:

—Vuelve a leer. Despacio.

Y cuando por segunda vez hubo terminado Sat-Song la lectura del inflamado artículo de maese Huarte, Marcos Cortezo había recuperado el completo dominio de sí mismo.

Dijo con su habitual sequedad, de áspera monotonía:

—Mutilación, ante mis ojos, de Olivares, Loreto y Roncal. Diez de tus Montañeros partirán a capturarlos, con la suficiente vida para agonizar días enteros bajo tu arte. Otros dos capturarán a Alfredo Huarte. ¿Cuántos serán precisos para capturar al conde Ferblanc? Contesta.

—Mi espía informa que el hogar del coronel Lezama es imposible de asaltar, por el constante contacto entre la guardia de honor y el regimiento de infantería del Tercer Tercio. Pero, salvo tu mejor parecer, he pensado en el punto vulnerable.

Marcos Cortezo asintió, diciendo:

—Los puntos vulnerables del coronel Lezama han de ser, pues, su esposa y la que va a casarse con su hijo. Pero si imposible es asaltar el domicilio, también lo es raptar a las dos mujeres.

—Matarlas allá, y que el coronel sufra el único dolor al que puede ser vulnerable, ya que darle muerte a él sería excesiva benevolencia. Salvo tu mejor parecer, yo puedo realizar esta misión.

—¿Cómo? Contesta.

—Tú mismo reconociste que a nosotros no nos puede atacar un ejército. Y, sin embargo, un solo hombre sí podría penetrar en nuestras filas. También en la casa del coronel Lezama un solo hombre puede triunfar si este hombre posee mi arte.

—Tu arte de verdugo lo necesito para los presos. Contesta.

—Me refería a otra de mis artes. La Imagen Real.

—¿Cómo harás? Contesta.

—Los ciudadanos envían obsequios a su salvador. Cuatro de mis hombres llevarán una estatua. La estatua será un objeto que todos los que se hallen al interior del hogar se acostumbrarán a ver. Y la noche favorable, yo la substituiré. Me será, así fácil dar pronta muerte a las dos mujeres, que son el punto vulnerable del que ha osado atribuirse la falsedad de habernos exterminado.

—¿Qué estatua tallarás? Contesta.

—La más suntuosa. La del mandarín que escribe. Sus ropas le hacen digna del hogar de la marquesa de Ferjus.

—Prepara todo. Lo antes posible quiero aquí a los prisioneros. Lo antes posible tu regreso comunicándome la muerte de las dos mujeres. Es el punto vulnerable. Y el coronel Lezama, señor conde Ferblanc, sabrá que los Montañeros no han muerto.

—De serme posible matar una y raptar otra, ¿cuál elijo?

—La marquesa. Pero mata a la primera que ante tu estatua pase.., Tu pérdida me supondría perder al mejor de los verdugos.

—Triunfaré.

—Eso creyó Pierre Brigand, y era también inteligente.

—Triunfaré.

—Por tres veces has hablado sin que yo te lo ordenara. Cuida tus acciones, Sat-Song. No debes olvidar que yo solo soy el dueño de las voluntades de todos. Contesta.

Levantóse el oriental, efectuando una profunda inclinación.

—Humildemente pido perdón. Sólo tú reinas en mi cerebro y en mi voluntad. Fue el placer de la venganza él que me extravió.

—Construye tu estatua y parte… Vete.

Volvió a saludar profundamente Sat-Song, y al amanecer partía una extraña comitiva. Cuatro mestizos, entre sus caballos, transportaban en parihuela un cajón en cuyo interior iba la estatua de un mandarín, sentado en cuclillas y escribiendo.

Tras ellos iba el propio Sat-Song seguido de ocho mestizos más, que con los cuatro portadores componían el grupo de Montañeros que debían capturar a Lorenzo Olivareis, sus dos agentes y el gacetillero maese Alfredo Huarte.

CAPÍTULO II

Señuelos vivos

Desde hacía tres días, muchos eran los obsequios que los habitantes de Latacunga mandaban a la mansión del que consideraban con Lorenzo Olivares el salvador y exterminador de los Montañeros.

Habían sido de todas clases: jarrones de ricas tallas, orfebrería, tapices, armas damasquinadas...

Por aquella mañana, eran cuatro los mestizos que torvo el semblante, por seriedad y hermetismo corriente en su raza, se detuvieron silenciosos ante la verja junto a la cual una sección del Tercer Tercio montaba guardia de honor.

Transportaban sobre unas parihuelas especiales construidas en tosca madera recia, un gran cajón oblongo.

El oficial de guardia acercóse, saludando campechanamente.

—A la paz del Señor, amigos. ¿Qué traéis?

—Una estatua—contestó uno de los mestizos, como si recitara—. Pobre obsequio de los mestizos amigos del conde Ferblanc.

—¿Queréis ver al coronel?

—Lo vemos a diario. No queremos molestarlo.

—Entonces, gracias en nombre de mi coronel el señor conde Ferblanc. Podéis dejar la caja. Hay quien la llevará.

Fuéronse los cuatro mestizos, llevándose las parihuelas.

Al otro lado de la verja, los cuatro piratas supervivientes de los diez primeros y mejores del "Aquilón" aguardaban.

"Cien Chirlos" había ya rezongado:

—Vaya... Otro obsequio.

Y ahora, al irse los mestizos y abrir los soldados la verja, masculló "Cien Chirlos", con irritación:

—¿Una estatua? Un trasto que pesará lo suyo... Cogedlo, tú, “Pencas”, y tú, Juanelo.

—Yo opino que con el cajón pesará más.

—La puedes estropear sin el cajón.

Y a lo mejor es una estatua que le gusta a las señoras. Venga.

Transportaron la pesada caja. La dejaron en el vestíbulo, y al aparecer Carlos Lezama, vino “Cien Chirlos” a decir:

—Trajeron esta estatua, señor.

—¿Cuál?

—La de aquel cajón. Obsequio de unos pobretones.

—Abre las maderas.

“Cien Chirlos” obedeció, y con su puñal Fue desclavando los maderos de ligero espesor que cerraban la caja en pie.

Apareció una estatua. Representaba un hombre sentado en cuclillas, suntuosamente vestido de mandarín oriental. Los ojos ampliamente abiertos, vivos, parecían lanzar un mudo reto.

La estatua sostenía entre la tela tensa por las rodillas una hoja de pergamino. La mano diestra apoyaba en ella un pincel brillante, de punta curva, que se detenía a un milímetro escaso de una firma que aparecía escrita bajo unas líneas.

Leyó Lezama en el pergamino:

“La eterna gratitud hasta el Más Allá al vencedor de los Montañeros.”

“Cuatro puntos cardinales”

Encogióse de hombros el Pirata Negro. Eran muchos los obsequios que por modestia de los donantes ostentaban firmas absurdas.

Miró la estatua con detenimiento.

—Es curiosa. Está muy bien tallada. Déjala donde está, guapetón. Ya mi esposa decidirá dónde colocarla.

Se marchó. No quería interrumpir la sonata melancólica con la que Humberto de Ferjus se despedía de su novia de cuatro días..., pero la música, dolorosa por su significado, le aturdía.

En el vestíbulo la estatua en cuclillas manteníase rutilante en sus sedas de oriental.

Fuéronse los cuatro piratas. Entraron al cabo de unos instantes

Gastón d’Arsonval y Frasco Zarzales.

El sevillano miró con indiferencia la estatua. Después le interesó artísticamente. El belga la miró, presto a emitir un bufido, como contra todo lo que quería imitar a la inimitable Naturaleza.

De pronto el belga emitió un bufido que alzó sus mostachos. Su diestra se crispó con fuerza alrededor del hombro de Zarzales.

—¡Mira, Frasco!

—¿Qué?

—¡Eso!—Y ¡señaló con la zurda el pergamino que entre las rodillas de la estatua decía en la línea de firma: “Cuatro puntos cardinales”.

—¿Y qué?

—¡Los Montañeros! ¡Los cuatro tenientes vigilando, y atacando por cada punto cardinal!

—No seas visionario, Gastón. Eso es tan sólo una estatua. Te sabes demasiadas historias y estás siempre oliendo misterios.

—Precisamente porque me sé demasiadas historias, conozco una de un hombre que para matar se escondió dentro de una estatua.

—Terminarás loco del todo, capitán d’Arsonval—reprochó Zarzales.

—No importa.,. Esta estatua no me gusta. Tiene una mirada viva.

—Obra del escultor.

Gastón d’Arsonval desenvainó su daga.

—¿Qué vas a hacer, Gastón?

—Convencerme de que es una estatua y de que no hay carne dentro,

—Estropearás una escultura magnífica que no te pertenece.

Pero Frasco Zarzales, contagiado por las palabras de su amigo, avanzó las dos manos, rodeando con ellas el cuello del mandarín. Apretó con toda la considerable fuerza de sus músculos....

La madera no cedió.

—¿Te convences, visionario?—dijo, soltando el cuello de] mandarín.

—Por si acaso... —replicó lacónicamente d’Arsonval.

Y a la vez que hablaba apartó la ropa de seda que cubría el pecho de hueca madera y hundió su daga hasta la empuñadura.

Los ojos de la estatua siguieron mirando retadores. Extrajo el

belga su daga, y, casi cohibido, murmuró, al ver reírse a su amigo:

—Está bien, capitán Zarzales. Reconozco que soy un visionario, pero más vale convencerse de los errores, que lamentar sus consecuencias. ¡Es una estatua!

Los dos amigos fueron en busca de Diego Lucientes.

En el vestíbulo la estatua siguió inmóvil en su muerta materia. Era la viva imagen de Sat-Song, el teniente Oriente de los Montañeros.

Y desde el rellano superior seguía desparramándose la infinita tristeza de una melodía de violín que lloraba la primera pena de amor.

Diego Lucientes estaba bebiendo es su alcoba, cuando entraron los dos aventureros.

—Mal trago para el mocito, que le han matado a su novia delante las narices. Viudo demasiado pronto, caramba.

—Detesto este modo de hablar— arguyó d'Arsonval, con seriedad—. Yo rehuyó la conversación con damas, pero las adoro.

—Yo las adoro también—sonrió Lucientes.

—Diego es así, Gastón. Finge ser un cínico de vuelta de todo, y sigue siendo un estudiante romántico, como dice el hidalgo Lezama. Cierto que es triste que Humberto de Ferjus haya visto morir de un balazo a su amada, sin poder hacer nada para defenderla, ya que el asesino cometió su crimen desde lejos y en la copa de un árbol.

—Pero tú, Frasco, diste cuenta del villano—replicó d'Arsonval, dándose un parsimonioso manotazo al adorno capilar de su barba y bigote.

—No fui yo.

—¿Cómo, que no? Corriste a caballo..., y cuando llegaban cinco minutos después los soldados sólo recogieron un cadáver.

—Pero el asesino cayó del árbol al yo llegar, porque él mismo se disparó un pistoletazo en el pecho.

—¡Córcholis!—exclamó, extrañado, Lucientes—. ¿Y por qué no intentó escapar?

—Por lo que oí, deduzco que Pierre Brigand no podía escapar de sí mismo. Era un extraño individuo.

—Se ve que quería a Teresa de Samaniego... — dijo Lucientes—. En el fondo, casi es preferible para Humberto que llore ahora su pena. La infeliz no estaba en sus cabales... Además, puede

desahogarse con su violín, y así, de este amor muerto en sus inicios, surgirá un bien para la posteridad en forma de composiciones inspiradas que canten la desdicha fugaz de un idilio truncado.

—Detesto tu escepticismo—empezó a decir d'Arsonval.

Frasco Zarzales, riendo, alzó las dos manos.

—Tregua a los comentarios, amigos. Veamos..., ¿no hay entre nosotros tres un pacto de alianza?

—Cierto. Quedamos en que iríamos a la caza de Montañeros, pero ya están enterrados todos—dijo Lucientes.

—No.

—¿Cómo, que no?

—¿Sabéis quién era Pierre Brigard?

—El que vino con Teresa de Samaniego.

—Era el teniente Occidente de los Montañeros.

—¡Atiza!... — exclamó Lucientes—. Bueno, pero para el caso ya murió con él lo que de los Montañeros quedaba.

—No tal. —Y Frasco Zarzales, brillantes los verdes ojos, Fue murmurando: —"No muere el último Montañero. Quedan aún más de trescientos... En el Monte Diadema de la Quebrada. De nada valen contra ellos los soldados... Los ven venir, y no hay suficientes ejércitos para cercarlos... Soy Pierre Brigand, teniente Occidente del cuarto escuadrón de los Montañeros que por vez primera atacaron en un solo grupo... Los otros tres han quedado en el Diadema de la Quebrada... Y Marcos Cortezo se sentía muy ofendido del desastre..."

Hizo una pausa el sevillano. Y después añadió:

—Esta Fue la última declaración de Pierre Brigand antes de morir. Y sólo yo la oí.

—Y nosotros dos—dijo solemnemente d'Arsonval— la estamos oyendo... ¿Qué esperamos, pues, para flamear los aceros y a todo galope ir a la Quebrada?

—No galopes tanto, encanto—gruñó Lucientes.

—Quedan vivos trescientos Montañeros—replicó d'Arsonval.

—Pues por eso mismo, gigante. A mí me gusta meterme en berenjenales, pero si puedo sacar tajada. En ese caso la tajada es convertir en lo que son, en carroña muerta, a los vivos trescientos, y no lo lograremos atacando a pecho abierto.

—Podemos avisar al hidalgo, que con su Tercer Tercio, y

nosotros al frente...—empezó a decir el belga.

Pero le interrumpió Zarzales.

—Dos cosas se oponen. La primera, que los Montañeros, como bien ha dicho Brigand, y todo lo ha demostrado hasta hoy, son inmunes a un ataque por fuerzas poderosas, que, por más recatadamente que avancen, son siempre visibles. Y la segunda razón que se opone, es que el hidalgo Lezama no debe ya exponer su vida. Le necesitan aquí. ¿Y a ti te necesitan, Diego?

—Yo creo—rió abiertamente el madrileño—que mi muerte sería un descanso para mí mismo.

—Entonces, amigos—y Fiasco Zarzales tendió la diestra por encima de la mesa—, chocad. Vamos a la muerte, pero arrastraremos a ella trescientos hombres que son carroña, y a ese precio bien vale morir.

Chocaron late diestras entre sí los tres aventureros. Diego Lucientes guiñó un ojo:

—¿Y no sería posible salvar la pelleja?

—Quizá. Pero, sin ser pesimista, lo veo difícil. He pensado algo muy capaz de atraer a los Montañeros, dividiéndolos. Convertirnos en señuelos vivos.

—¿Señuelos?—inquirió el belga, no muy familiarizado con ciertas expresiones españolas.

—Señuelos según decía mi dómine Ruiz, que el diablo atosigue, son generalmente figuras de ave en que se ponen algunos trozos de carne para atraer al halcón. Y también cualquier cosa que sirva para atraer otras aves.



—¿Y no sería posible salvar la pelleja?

—También es cualquier cosa que sirve para atraer, persuadir o inducir con alguna falacia—sonrió Zarzales—. El adorno y pinturas de las mujeres, la labia del rompecorazones que sabe recitar madrigales, el testamento de un viejo, y muchas otras cosas...

—Y también el grupo de cabestros o mansos que sirve para conducir el ganado—rió Lucientes.

—Si los cabestros son ellos—intervino d'Arsonval—, ¿cómo podemos atraerlos?

—Yo lo pondría a la inversa, Gastón—dijo Lucientes—. Si estamos de acuerdo que somos los tres únicos mortales... que por poco tiempo... saben dónde se anidan los Montañeros, lo más difícil es llegar hasta ellos con la piel entera. Dicen que basta a los pastores que les ven pasar los degüellan para que no canten el rumbo que siguen, y hacen lo mismo con cuantos los ven de demasiado cerca.

—He pensado en esto—dijo Zarzales—. No quiero que el hidalgo Lezama sepa nada, porque entonces iría a por ellos. Necesitamos la ayuda de alguien, que conserve el secreto. Y el más indicado es “El Lince”, este caballero de ojos grises taladrantes y párpados pesados,

que parece dormir de pie y se las sabe todas.

—¿Para qué necesitamos de su ayuda?..

—Para que nos persiga.

—¿Eh?—exclamaron al unísono los otros dos.

Contento de su efecto, Frasco Zarzales, para quien también la más peligrosa de las aventuras era un juego interesante, aunque el final fuera la muerte, expuso:

—¿Quién tiene más probabilidades de tardar en morir entre los Montañeros?

—Tres asesinos—replicó Lucientes.

—Eso es. Para Olivares, "Pañuelo Negro" ha muerto. Lo vamos a resucitar. Los tres galopando hacia el Diadema, perseguidos por soldados, que luego abandonan la pista..., tenemos bastantes probabilidades de entrar en él lugar donde acampan los Montañeros.

—No está mal—masculló Lucientes. —Reconozco que ya has encontrado el medio de entrar. Pero... ¿y el de salir?..

—Ya se, verá. Pero como el tiempo urge, debemos ir en busca de Lorenzo Olivares.

—Un instante—dijo de pronto Lucientes—...Lorenzo Olivareis puede luego exponer al hidalgo Lezama nuestro propósito, y no conseguiríamos apartar de ese peligroso camino a nuestro amigo. Y tiene que estarse aquí para la boda de mi tormento de niña.

—¿Piensas en alguien?

—Sí. El teniente Santana. Es un buenazo, más bruto que un arado. Le soy muy simpático, y manda un escuadrón de exploración. Es decir, que anda siempre de la ceca a la meca, y no está obligado a explicar sus pasos. Lo puedo engatusar, y aunque luego le interroguen no sabrá de qué se trata. Puedo llamarlo. Y tú te explicas, que entre los dos lo convenceremos. Precisamente ayer estaba de regreso de una exploración de ocho días, en la que ha cazado varios jíbaros salvajes.

—Mejor, entonces. Tan sólo deberemos prevenirle, que a una señal convenida vuelva grupas, y se aleje deprisa. No quisiera que cayera en manos de los Montañeros ton sute soldados.

—¡Qué delicadeza!—fingió irritarse Lucientes—. Te preocupas por el buen bruto de Melchor Santana, y no te importa mi piel, ni la de Gastón, ni la tuya.

—¡Bah!... Nosotros tres hemos de vivir aún muchos años, para bien de todo lo que sufre,

—Mis callos, por ejemplo. Bueno, voy en busca de Santana. Venid conmigo, porque seguro que lo encontraremos en la taberna del tío Juan, que allá hay moza que le encanta y vino que le extasía.

En la taberna del tío Juan, el teniente de caballería Melchor Santana, colocado el largo sable entre sus larguísimas piernas, echado hacia atrás, llevaba varios segundos con la boca abierta, porque en ella iba cayendo el chorro de un barrilito que se estaba administrando para su personal y propio uso.

Cerró la boca, depositó el barril a su lado encima de la mesa, y sonrió ampliamente, con lo cual su peludo rostro adquirió la mayor semejanza imaginable con un chimpancé risueño.

—¡Tripas y pezuñas! Muerto estoy si éste no es don Diego, el frescales castizo.

Y Melchor Santana se puso en pie para abrazar a su conocido, que por cierta noche tormentosa, además de beber con tanto tesón como él, le había sacado de un apuro espada en mano, luchando hombro a hombro contra seis rufianes en obscura callejuela.

—Don Melchor, os presento a mis excelentes amigazos el capitán Frasco Zarzales y el capitán Gastón d'Arsonval.

Estrecháronse las manos los tres presentados, y sentáronse todos. Melchor Santana tendió su barril.

—Queda aún y es el mejor mosto. Empiece la ronda, amigos. ¡Eh, tú, tormento de mis latidos, presto aquí!

Una moza colorada y garrida, algo patizamba, pero de redondo rostro alegre, vino junto al teniente.

—Otro barril como ese para esos caballeros, Rigoberta.

—Vaya ahora mismo, mi teniente, pero bien sabéis que no me llamo Rigoberta, sino Facunda.

—"Facunda" es el nombre de una yegua que quiero mucho, Rigoberta. Galopa a la bodega, que me gusta tu belfo, pero prefiero ver tus ancas.

Gastón d'Arsonval, al oír la brutal manera de piropear del oficial, hizo una mueca como si tragara vinagre.

Diego Lucientes rió, y el teniente palmoteó su hombro.

—Bien, bien, don Diego. ¿Vamos, a empaparnos como esponjas?.. Tengo hoy ganas de bronca y zumbarles a los que me

tosan.

—Os vine a ver porque necesito de vos.

—No digáis más, don Diego. ¿A quién hay que romperle el cráneo? Ya está hecho. ¡Zas, toma, daca y suelto castaña! Este soy yo.

—Se trata de algo complicado, don Melchor.

—¿Complicado?—Y el teniente frunció las, peludas narices. —¿Y contáis conmigo?

—Sí. Es sencillo según de qué modo se mira. Explícalo, Zarzales. Tú eres más elocuente que yo.

El sevillano sonrió.

—Nuestro amigo el señor teniente lo comprenderá enseguida—dijo, risueño, mintiendo fácilmente—. Ved de lo que se trata. Resulta que en una comarca llamada la Quebrada hay un monte Diadema. ¿Conocéis el lugar que cito?

—Ni cabras andan por ahí. Conozco.

—Pues... allá hay dos pastoras.

—¡Tripas y pezuñas! Eso empieza a ponerse interesante—dijo sinceramente el teniente.

También d'Arsonval empezó a interesarse, porque no tenía ni la menor idea de a dónde iba a parar con su embuste el sevillano.

—Figuraos que esas dos, pastoras son bellísimas, lozanas, magníficas y apetitosísimas.

El teniente aprobó vigorosamente, y, para refrescarse la boca, bebió un largo chorro.

—Pero son hoscas, ariscas y huidizas—siguió mintiendo Zarzales, con desparpajo.

—¡Tripas y pezuñas!... Eso es lo bueno.

—Y el caso es que por medios normales no hay medio de acercarse a ellas. En cambio, hay un medio que nos lo facilitaría. Vos y Nuestros ¡soldados persiguiéndonos.

Melchor Santana aprobó con la cabeza, como hombre que ya ha comprendido del todo. Volvió a dar otra cabezada, y por fin dijo:

—No entiendo. ¿Para qué os debo perseguir, si nada me habéis hecho? Eso no lo entiendo.

—Es pura comedia, señor teniente —siguió explicando Zarzales —. Esas dos pastoras tienen buen corazón, y por dar amparo a unos perseguidos podrán entonces ser menos ariscas..., ¿comprendéis

ahora?

Volvió el teniente a aprobar por dos veces con la cabeza, para luego decir:

—No, no. No comprendo.

Gastón d'Arsonval empezó a impacientarse. Pero Frasco Zarzales era paciente, en el arte de dominar voluntades poco propicias a rendirse. Preguntó:

—¿Qué es lo que no entendéis?

—Lo de las pastoras, sí. Pero..., ¡tripas y pezuñas! Si son dos pastoras, ¿por qué vais tres?

—¡Ah!—suspiró Lucientes, interviniendo—. Vos, don Melchor, sabéis que a veces ocurre que los dos mejores amigos se enamoran de una misma mujer. ¿Qué remedio les queda?

—Pues... ¡tripas y pezuñas! Ir a la dama, decirle que elija, y después, el que no esté conforme, se rompe el alma con el otro. Y si de los dos queda uno vivo, entonces todo resuelto. Eso es lo que hacen dos buenos amigos de verdad, ¡tripas y pezuñas!

Y muy convencido el teniente, para dar mayor énfasis a su afirmación, dio un sonoro cachete en la parte inferior de la espalda de la moza que traía el segundo barril.

La llamada Facunda no estaba dispuesta a tolerar esas familiaridades, habiendo testigos delante. Sin pensarlo más, asestó un sonoro bofetón en la mejilla de Melchor Santana.

Creyó d'Arsonval que debería intervenir en defensa de la criada, pero quedóse sorprendido al ver que el teniente, frotándose la mejilla, reía gustosamente.

—¡Esta moza es soberbia, tripas y pezuñas! Pega que es un contento... ¡Ah, qué placer cuando pueda convertirla en mansa! Desbravar jacas y mulas es mi pasión... Bien; volviendo a lo nuestro, ya voy comprendiendo, capitán Zarzales. Se trata, pues, de Saber ahora quiénes son los dos que pelearán por la pastora sin elegir dueño.

—Él y yo—dijo Lucientes, señalando al gigantesco d'Arsonval.

—¡Tripas y pezuñas! Brava pelea será, y me gustará presenciarla. Yo apuesto por vos, don Diego, porque os he visto manejar la espada, y sois algo soberbio.

—Ved, don Melchor, que pedís un imposible. El éxito de la empresa depende de tres cosas. Primera, de que a nadie le digáis,

cuanto acabamos de hablar.

—¿Por qué?

—Son pastoras... Y mi amistad con el conde Ferblanc me obliga a fingir respetabilidad.

—Bien. No diré ni gorda. Palabra de Melchor Santana.

—La segunda razón, es que las pastoras deben creer firmemente que nos perseguís. Que vuestros soldados disparen..., pero sin dar, ¿eh? Sería llevar las cosas demasiado a lo vivo, el que nos soltaran un plomo a destiempo.

—Se hará muy bien. Dejádmelo a mí. ¡Lo que me voy a, reír!

—Después..., don Melchor. Las pastoras, desde lo alto del monte, deben, si os ven, veros con cara feroz.

—La pondré. ¿Y cuál es la tercera razón?

—Que para evitar se asusten, a la señal convenida con el capitán Zarzales, vos y vuestros hombres haréis como que perdéis la pista, y, dando media vuelta, os alejaréis de vuelta hacia acá.

—Bien. Cuando volváis los dos que queden vivos, ya me lo contaréis. ¿Qué más?

—Os suplicamos que cuanto antes nos ayudéis.

—Aquí estoy para complacer a mi buen amigo don Diego. Dejadme beber este barril, y me sujeto las calzas, y andando.

—Estamos de regreso inmediatamente. Tenemos que ir a advertir que vamos a dar un paseo de unos días.

Marcháronse los tres, y Melchor Santana, después de beber otro chorro, exclamó:

—¡Tripas y pezuñas! ¡Quién estuviera en el pellejo de esos tres caballeros! ¡Con lo que me gustan las montaraces!

* * *

Encontraron a Lezama ante la estatua del mandarín. Estaba de espaldas a ella, mirando hacia el rellano de donde procedía la música del violín.

—Hola, amigos—saludó—. Me veis vacilante. El cachorro necesita alguien a su lado. Y no sé si ir solo o con su madre. Son problemas esos que no tongo costumbre de solventar.

—Tú y ella, hidalgo. La madre, para abrazar; tú, para hablar. En cuando a nosotros tres, venimos a comunicarte que, como la boda no será hasta dentro de ocho días, deseamos dar un paseo, y que no os extrañe, pues, nuestra ausencia. Es también algo de egoísmo. Nos

duele ver penas, si no las podemos consolar.

—Hacéis muy bien, amigos míos. ¿Dónde pensáis ir?

—Al mar. Hace tiempo que no veo el "Aquilón" y quiero ver si no se pudre, tan tranquilito.

—Besa su proa en mi nombre— dijo sinceramente Lezama—. Quizá algún día... volverá a navegar, cuando mis hijos., ya casados, se basten con la compañía de Mireya. Bien, pero no faltéis a la boda... ¡porque os juro que no os lo perdonaría! Buen viaje.

—Eso esperamos—sonrió Lucientes.

Y de pronto abrazó fuertemente al Pirata Negro. Éste se soltó después del abrazo:

—Tate... Estás fuerte, estudiante. ¿También vosotros vais a crujirme las costillas?

—Nos bastará con abrazarte cordialmente—dijo Zarzales.

Poco después los tres, a caballo, iban a buscar a] teniente Santana.

CAPITULO III

Los tres perseguidos

—¡Tripas y pezuñas! ¡Pero qué brutalmente talentudo sois, don Frasco Zarzales!—exclamó maravillado Melchor Santana.

Sus treinta jinetes estaban a veinte pasos atrás de ellos. Hacía ya un día entero que marchaban, y el crepúsculo invadía el horizonte.

Frasco Zarzales sonrió:

—Está muy claro y sencillo. Para dar más realidad a la cosa, uno de nosotros ostentará una herida. Y como no quiero ofender a mis dos compañeros, propongo lo echemos a suertes.

—Yo tengo más carnes—dijo d'Arsonval.

—Verdad que sí—dijo Santana—. El capitán d'Arsonval tiene razón. Pero, ¿qué será la herida? ¿Un plomo en pierna?

—Un refilón en el hombro. La huella de un balazo, rasgando el hombro. Herida aparatosa que pronto cura. Con el filo de puñal... Elige astilla, Gastón. La larga pierde.

Diego Lucientes extrajo otra, y por fin, ondeó Zarzales la suya. La más larga estaba en manos de d'Arsonval.

Él belga, Con parsimonia, señaló su hombro izquierdo.

—Éste lo tengo intacto. ¿Cuándo, Frasco?

—Antes de despuntar el amanecer, y después de revestir nuestras máscaras, entonces te heriré. Después, galoparemos, y los, soldados dispararán. Recto al Diadema.

—¡Ah!, ¿pero máscaras también? —exclamó contento Santana —. Habéis pensado en todo. ¡Las dos pastoras caen, vaya que sí, tripas y pezuñas!

—Y vos, don Melchor, recordad bien todo. Cuando el capitán Zarzales parezca resbalar de la silla, y quedar cogido del cuello del caballo, colgando, entonces que vos, a la cabeza de vuestros

soldados, sigáis otro sendero, y deshaciendo lo andado, como si vierais en dirección opuesta a nosotros tres, salgáis disparando y disparado para Latacunga.

—Todo sabido. En eso soy un talento. Pero, tengo vuestra promesa, ¿eh? En la taberna del tío Juan, espero el relato sabroso.

—Y os deseamos pronta doma de Rigoberta—sonrió Zarzales—Oreo que la moza está por vos.

—¡Ah!, ¿os disteis cuenta, eh? ¡Tripas y pezuñas! ¿Qué hombre sino yo iba a resistir sus trompadas?

Y eso la está conquistando. Se siente dominada, porque a bruto no me gana nadie.

* * *

Amanecía, cuando los disparos en el valle resonaron triplicados por el eco.

Desde su sitio, Marcos Cortezo divisó la persecución. Vio una treintena de soldados, disparando.

Al frente de ellos iba un teniente, gritando y disparando su pistola.

Los perseguidos eran tres enmascarados. Cubrían sus rostros sendos trapos negros.

De pronto, uno de los, jinetes pareció herido mortalmente. Marcos Cortezo creyó iba a caerse del caballo, pero casi sintió algo semejante a un sentimiento de aprobación.

Era un buen jinete, aquel que por espacio de una cincuentena de metros había colgado del cuello de su caballo, lanzado a todo galope, y que ahora, con ágil taconazo, volvía a saltar, quedando sentado en la silla.

Y los soldados, metíanse, dirigidos por el oficial, en otro sendero. Poco después, desde la altura, veíaseles salir disparando hacia la arboleda, opuesta a la que desde su sitio veía Marcos Cortezo, que era ascendida por los tres enmascarados.

Dio un breve toque con el silbato de oro que de su cuello pendía por cadena, también de oro.

El centinela de occidente corrió.

—Si esos tres jinetes llegan aquí, dejadlos. Después, en silencio, cercadlos. A distancia de una veintena de pasos. En cuadro. Si disparan, disparad. Si atacan, matad. Si no se mueven, no os mováis. Vete.

* * *

—Tripas y pezuñas cumplió muy bien—murmuró Lucientes.

Seguían los tres con las máscaras puestas. Máscaras que eran tres grandes pañuelos de negro encaje.

Seguían ascendiendo como si los persiguieran, pero al trote, que la empinada cuesta del sendero imponía.

Después, el ascenso exigió el caballo al paso,(y en fila, uno tras otro.

Fue d'Arsonval el primero en desmontar en el ancho valle entre los dos picos.

Tras él hicieron lo mismo Zarzales y Lucientes. Quitándose las máscaras, fingieron otear el horizonte.

En voz alta, Frasco Zarzales exclamó:

—¡Los despistamos! ¡Los soldados ya perdieron la huella!—y casi en un Susurro, añadió—: Están ahí...

Varios montañeros iban apareciendo, silenciosos, hoscos, preparado el mosquetón y terciada al hombro la lanza.

Varios de ellos se detuvieron. Estaban a veinte pasos. Se apoyaron en sus lanzas algunos, mientras otros seguían con los mosquetones preparados.

Otros habían cogido los caballos dejados a pastar por los tres aventureros.

Lucientes, exclamó de pronto:

—Copados, amigos—como si viera de pronto el cerco que iba cerrándose en cuadro por los silenciosos montañeros.

—Sentémonos a respirar—dijo riendo Zarzales—. Son muchos. Ya el jefe de esos pastores nos dirá por qué nos cierran el paso, gente a la cual ningún mal deseamos... porque son muchos.

Los tres aventureros, formando estrecho círculo, sentáronse. Casi también parecían vigilar los puntos cardinales.

CAPÍTULO IV

Combatiendo lo imprevisible

Los tres “señuelos” tenían de común el absoluto desprecio a sus propias vidas, pero matizado en cada uno con peculiaridad dimanante de sus caracteres.

En Gastón d’Arsonval, el agresivo parsimonioso, alentaba la convicción de que no muere quien quiere, sino quien está “señalado”. Y él se consideraba destinado, por más que hiciera, a fenecer octogenario.

En Frasco Zarzales, el alegremente feroz, existía una tranquilidad absoluta, calmosa. En muy peores habíase visto, sin perder la alegre luminosidad de sus audaces ojos verdes, señuelo de damitas románticas En Diego Lucientes, el pícaro atolondrado, para quien los años no aportaban madurez ni reflexión, mezclábase un complejo de despreocupación y cierto temor permanente.

En sus soliloquios, frecuentemente suscitados por libaciones abundantes, habíase un día dado una gran palmada en la frente, enrojeciéndose la cicatriz al impacto.

Y como el griego genial, exclamó: ¡Eureka! Hallé mi personalidad en la divisa francesa del valiente guerrero Bayard: “*Dabord je m’y engage, et aprés j’y pense*”. Lo cual, traducido en cristiano, quiere decir que primero me meto en el barullo, y después me pongo a meditar.

Y en aquellos instantes estaba “meditando”. Y empezaba a sentir ciertos escalofríos, no precisamente debidos al frescor del ambiente montañero.

Le molestaba el torvo silencio con el cual, formando un cuadro alejado una veintena de pasos alrededor de ellos, los Montañeros, apoyados en sus lanzas, parecían esperar.

—¿Esperar, qué?—musitó Lucientes, dando con el codo a sus dos compañeros—. Muchachos, muchachos... Creo que me aplasta la soledad y el silencio. Habladme, repámpanos, o empiezo a gritar...

—Parsimonia, Diego—aconsejó solemnemente d'Arsonval—. Recuerdo yo que una vez estaba en parecida situación en la cima de un monte turco, y querían amedrentarme un centenar de jenízaros. Pero, ah, amigos, flameé al aire mi estoque, y al grito de...

—No me cuentes trolas—rezongó Lucientes—. Prefiero oír una de esas historias graciosas, que te sabes, pero... que nada tenga que ver con los tipos esos de la lanza.

Gastón d'Arsonval sonrió satisfecho atusándose de un manotazo la perilla y el mostacho. Sus redondos ojos saltones abultaron aún más, mientras estaba mentalmente escogiendo los verídicos relatos en que había intervenido como actor o como oyente.

Por fin, trazó en el aire un garabato con la diestra y anunció:

—Primer capítulo. Voy a hablar del reino de Tikopia, como medio más eficaz para combatir lo imprevisible. Siempre que uno se halla a la espera de algo primordial, es bueno remontarse o huir con la imaginación muy lejos.

—Remontémonos, pues, lo más lejos posible — suspiró Lucientes —. ¡Maldita sea! Con lo bien que estaba yo por allá.

—Aquí estás—sonrió Zarzales—. Y no se está mal. Lo imprevisible es la sal de la vida.

—Á veces hay tanta sal, que se me pone la piel de gallina, como si estuviera en salmuera. ¡Combate lo imprevisible, Gastón!... Empieza ya con el reino de la tía Pía.

Gastón d'Arsonval, experto narrador, empezó su historia.

Los principios de lo que se llamó en Valleparaiso y en todo Chile, el drama del reino de Tikopia empezaron por la muerte de un inglés llamado Joe.

¿Este Joe reveló un secreto? ¿Poseía documentos misteriosos relativos a una montaña de oro virgen? ¿Los legó a una encantadora viuda a cambio de su sonrisa en la cabecera de su lecho de agonía?

Todos los chilenos se hicieron esta pregunta por entonces. Y Fue el principio de una complicada historia conteniendo, como actores reales, reyes bárbaras, una princesa indiscutiblemente desvergonzada y otras heroínas fascinantes, con la decepción del más célebre aventurero de la época, el capitán Peter Dillon.

Joe era el contramaestre del velero “Saint-Patrick”, que estaba entrando en el puerto de Valleparaiso. Joe, quizá afectado de alguna liebre maligna, erraba divagando sobre los malecones donde una lancha acaba de depositarlo.

Era un hombre de alta estatura, bronceado por las intemperies. La enfermedad que le aquejaba le debía hacer sufrir, porque se le veían síntomas de dolor y acabó por desplomarse a lo largo de un muro.

Sentado en el suelo, empezó a monologuear en incoherentes discursos relativos a una montaña de oro virgen.

Reinaba entonces en Valleparaiso una era de prosperidad. Su puerto, abierto a todos los barcos de todas las nacionalidades, iba engrandeciéndose.

Los piratas, cazados y ahuyentado; de aquel mar por barcos ingleses, convertíanse muchos en honestos mercaderes y afluían a Valleparaíso bajo pabellones mercantes.

He mezclaban con la sociedad chilena, y con ellos se había extendido una atmósfera de aventuras marineras, de tesoros escondidos y toda la poesía de las islas oceánicas, hacia las cuales empezaban a arriesgarse navíos.

Un hombre, hablando de una montaña de oro que se halla en algún sitio, suscita generalmente interés. Una joven viuda, sobrina de Joaquín Hornacho, presidente de muchas casas de nunca chilenas, pasaba en aquellos momentos por el puerto.

Ya sea por caridad, ya sea que la montaña de oro la intrigó, lo cierto es que envió a sus criados a recoger a Joe y transportarlo a la casa que ella habitaba en la ladera del monte Alegre.

Aquí aparece cierto misterio. Juana de Viscardo, la joven viuda, estaba dominada por su amor excesivo hacia la música. Tenía en su casa una orquesta permanente, que tocaba casi sin interrupción durante todo el día.

No vaciló en prescindir de su orquesta, que puso a la exclusiva disposición de Joe que había manifestado su deseo de oír música. Después de haber sido instalado en un pequeño cuarto vecino al de la servidumbre, fue trasladado a una de las mejores habitaciones de la casa.

Y el presidente de varias casas de banca, don Joaquín Hornacho, vino personalmente a visitarlo.

Es ahora cuando interviene el capitán Peter Dillon. Entre sus muchos títulos de gloria no era de los meno res el de recibir una pensión de cuatro mil luises franceses, porque era el audaz explorador que había hallado los restos del navegante La Perouse.

Había llevado de Vanikoro a Pondichery un gran número de objetos procedentes del “Astrolabio” y de “La Brújula”, objetos que figuran en el Museo marino del Louvre.

Tenía en la sala capitana del “Saint-Patrick” una empuñadura de espada exactamente igual a la que había remitido solemnemente al ministro de marina de Francia, como siendo la empuñadura de espada de La Perouse.

—He hecho hacer esta copia como recuerdo—decía sonriente, dando a entender que la que poseía era la verdadera empuñadura de espada del navegante famoso, y que la que figuraba entre los recuerdos históricos de Francia era la copia.

Era un hombre de una energía y de una violencia extremadas. Tenía pretensiones de culto y letrado y preparaba un relato de sus viajes, que destinaba a ser publicado en Francia e Inglaterra.

Había escapado a toda clase de peligros en las islas de Oceanía, y era casi milagroso que no hubiera servido de comida, en varias ocasiones, a los caníbales de Vanon y de Tikopia.

Era rico, pero deseaba tener aún más fortuna. Para esto, a partes iguales con un asociado, se dedicaba con el “Saint-Patrick” a un comercio de nácar y de madera de sándalo. Pero su asociado permanecía en Londres, mientras él se tomaba todas las molestias, y aquella injusticia le envenenaba el humor.

El capitán Peter Dillon fue a visitar su contramaestre enfermo, cosa muy natural. Pero la conducta que observó desde su llegada ya no era nada natural.

Encontró a Joe rodeado por una orquesta. Ordenó brutalmente a los músicos de callarse e irse. Puso en fuga a un médico francés que estaba al servicio personal de Joe, y exigió quedarse a solas con su contramaestre. Obedecieron todos, asustados.

Pero pronto unos gritos partieron del cuarto del enfermo. Cuando el médico y los músicos acudieron corriendo, encontraron al capitán que agarraba por el cuello a su contramaestre, amenazando estrangularle.

Fue preciso todo el esfuerzo combinado de criados y músicos

para conseguir que Peter Dillon soltara presa y abandonara la casa.

Joe aseguró a Juana de Viscardo que Peter Dillon intentaría matarlo.

La misma noche partía en carroza, acompañado por el médico francés, hacia la gran casona familiar que Juana Viscardo poseía en Santiago.

Joe era un hombre inculto, que, de resultas de un naufragio, había pasado diez años sobre un islote de Oceanía, en medio de naturales salvajes cuya lengua había aprendido.

Peter Dillon lo había encontrado y recogido, haciendo de él su contramaestre. ¿Por qué Joe creía su vida en peligro a manos de su capitán? ¿Poseía el secreto de una montaña de oro, entre los arrecifes de coral donde había vivido alimentándose de plátanos y devorado por los insectos?

El destino, que parecía haberle inscrito para una muerte miserable, ya sea sobre un islote solitario, ya sea a lo largo de los océanos atravesados por el "Saint-Patrick", debió sin duda cambiar de parecer, a pesar de ser habitualmente inexorable.

Apenas estaba Joe en Santiago; apenas una nueva orquesta se agrupaba a su alrededor en del palacio de Juana de Viscardo, y le anunciaban una segunda visita del importantísimo don Joaquín Hornacho, cuando Joe murió.

Mercenarios, armados habían sido asalariados para defender la casa de un posible ataque del capitán Peter Dillon. Su presencia era ya inútil. Sin embargo, hubo un alerta el día del entierro del contramaestre del "Saint-Patrick".

Era cuando se llevaban el ataúd. Sólo el médico, que había venido con Joe desde Valleparaíso, se disponía a seguir el cortejo. La puerta del palacio de los Viscardo que daba sobre la Alameda estaba por entero abierta.

Un jinete, sobre un caballo visiblemente agotado, se detuvo delante el umbral. Era el capitán Dillon.

Había revestido un uniforme extraño, con tragas de almirante inglés, con gran chambergo a plumas rojas, y muchos dorados en el pecho y las mangas. Tenía al cinto un sable de aboruje, con vaina recamada en joyas, y sus deis pistolas eran de cachas blanquísimas.

Sin duda quería impresionar a los que intentaran oponerse a que pudiera acercarse al ataúd.

La puerta estaba abierta. Entró, pasó junto al ataúd, y viendo delante de él una escalera de mármol, empezó a subir los peldaños suntuosos. Unos criados intentaron detenerle, pero los empujó con tanta resolución, sombrío el rostro, que ninguno persistió.

Y cuando llegaba a lo alto de la escalera, una.puerta se abrió. Juana de Viscardo apareció ante sus ojos. En el mismo instante, y sin duda por una poética atención para saludar la última partida de Joe, una orquesta empezó a tocar.

El capitán Dillon no había aún estado frente a la joven viuda. Sin duda correspondía al ideal de belleza que puede forjarse un capitán de nave, acostumbrado a salvajes oceánicas o a las desgraciadas hinchadas de alcohol que frecuentan los puertos.

El capitán Dillon era un hombre de bruscas reacciones. Cayó sobre sus dos rodillas, y, deseoso de hacer un homenaje, depositó delante de ella las dos pistolas que llevaba al cinto.

Las damas de cierta categoría, cuales sean las circunstancias, llegan siempre a un entendimiento con el ejemplar de lo que se llama un hombre guapo.

Aunque envejecido, el capitán Dillon era aún un hombre guapo. Y además, era célebre, y todo el mundo sabía que tenía en su cámara la empuñadura de espada del propio Perouse.

Juana de Viscardo le suplicó con indulgencia y majestuosidad que se levantara y que le perdonaba el haber allanado su morada.



Cayó sobre sus dos rodillas.

Dillon siguió el entierro de su contramaestre, pero volvió a almorzar en casa de Juana de Viscardo. Tenía miles de cosas que decir, que debían interesar a aquella joven, a ella y a los influyentes personajes que la conocían.

Aseguró que amaba mucho a su difunto contramaestre. Le había cobrado un fraternal afecto en el curso de las diversas travesías de Chile a las Indias.

Sí, quizá. Joe conocía el emplazamiento de una montaña de oro en una isla perdida, y si había dejado algún documento o plano, quizá, pudiera tener interés

Pero, ¡qué era aquella montaña de oro, comparada con las inconmensurables riquezas del reino de Tikopia! Si la montaña existía, no era más que un mísero fragmento de aquel reino del que él, Peter Dillon, poseía las, llaves, gracias a su buena estrella. Y

aquellas llaves, él, Peter Dillon, estaba dispuesto a entregarlas a su encantadora anfitriona, para que ella enriqueciera a Chile.

Porque los individuos particulares deben esfumarse, ya que era toda una nación la que entraba en juego en este asunto. Un asunto enorme, cuya exposición detallada la haría ante el propio presidente de las distintas casas de banca.

Y el relato detallado del reino de Tikopia lo hizo Peter Dillon, ante la benévola atención de Joaquín Hornacho.

Al parecer, veinte años antes, cuando no era más que lugarteniente del capitán Robson, dueño del “Hunter”, Peter Dillon había tenido conocimiento de que ciertas islas de Oceanía encerraban fabulosas riquezas.

Haciendo intercambios con los naturales de las islas, el capitán Robson había traído al “Hunter” unas cajas pesadas, de las que había dicho:

—Son muestras de minerales que haré examinar en Londres.

Un viejo marino irlandés que había asistido a los intercambios del mineral por pacotilla, había dicho una vez, sólo una vez, que aquel mineral era oro puro, oro en barras, pero a quien luego le preguntaba, juraba que sólo se trató de piedras sin valor, que al reflejo del sol le engañaron.

Ya que, según este irlandés, siempre seguía la muerte muy de cerca a los que sabían donde había oro.

El capitán Robson cesó de navegar después de aquel viaje, y era ahora el propietario de un inmenso dominio en los alrededores de Londres.

Peter Dillon se había interesado vivamente a los viajes a la muerte de La Perouse. Le producía mucho honor el haber podido prestar servicio a la nación francesa encontrando los restos del “Astrolabio” y de “La Brújula”.

Pero no había ido a Vanikoro, a Vanou y a Tikopia únicamente en busca del gran navegante desaparecido. Todo había coincidido.

Y a este punto de su relato, relato hecho después de una comida suculenta seguida de absorción de licores añejos, Peter Dillon creyó que estaba obligado a hacer una confesión.

Confesó que era muy sensible a la belleza de las mujeres y explicó como aquella sensibilidad fue sometida a ruda prueba en el curso de uno de sus últimos viajes.

—Me ha sido dado en diferentes ocasiones—dijo—de recoger sobre islotes solitarios, marinos naufragados. Joe y el prusiano Martín Busharp, segundo contramaestre del “Saint — Patrick” fueron de éstos. Cuando encontré a Joe, casi había vuelto al estado primitivo y su inteligencia empezaba a vacilar. Por cierto, que nunca se recuperó del todo. La suerte que espera a estos náufragos es la de servir de alimento a los insulares que son caníbales. Ahora bien, esta suerte inspira una viva repulsión a todo el mundo. Repulsión que personalmente no me explico, porque es la muerte la cruel, y no lo que le sucede al cuerpo después de muerto. El reparto de miembros muertos en distintos estómagos de salvajes caníbales es temida por la mayoría como mucho más cruel que la propia muerte. Por eso todos los hombres que recogí y salvé de esa posible vicisitud, me testimoniaron una inmensa alegría y el más vivo agradecimiento. Todos, salvo dos: un francés y una criatura criolla de la más sorprendente belleza, a la cual designaba solemnemente como siendo su esposa ante Dios. Lo cierto es que ningún capitán obtiene ventajas recogiendo náufragos. Muy al contrario, puesto que hay que dudarlos y alimentarlos. A veces los hombres pueden ayudar a la tripulación. Pero las mujeres, son siempre peligrosas, pero aun más a bordo. Por un atardecer apacible eché anclas en la bahía de una islita, poco alejada de Vanikoro, para aprovisionarme de agua, cuando una lancha, o mejor dicho un tronco de árbol vaciado, vino a acostar al flanco de mi barco. Contenía tres seres desnudos que venían a cambiar plátanos por clavos y vino. De lejos parecían salvajes ordinarios. Se les lanzó una cuerda, y cuál no fue mi sorpresa al ver surgir sobre cubierta a la más fascinante criatura que jamás mis ojos habían visto. Debía tener catorce o quince años, quizás menos. Sonreía, tranquilamente, con edénica inocencia. Tenía dos largas trenzas que caían por sus espaldas, y sus muñecas, y tobillos eran finísimos. Dio inmediatamente órdenes a mis marinos boquiabiertos, y aquellas órdenes eran dichas en francés. Mi sorpresa aumentó cuando sus compañeros me interpelaron en aquel idioma. Me dijeron brevemente sus historias pero con reticencias, lo que me hizo pensar que pertenecían a alguna tripulación amotinada, y en el mejor de los casos que no tenían la conciencia tranquila. El más pequeño de los dos hombres, me dijo llamarse Allan Kerdick y ser natural de Brest.

—Es mi esposa delante de Dios— me dijo mostrándome la infantil criatura que supuse era su hija, y que al oír las palabras de su esposo, estalló en alegres risas, como si se tratara de una chanza.

Les hice comer conmigo y durmieron a bordo. En mi espíritu me había ya forjado la idea de devolverles a los países civilizados. Pero en el momento de izar velas, uno sólo de los dos franceses, un verdadero bruto grosero, aceptó mi invitación.

Allan Kerdick y su esposa delante de Dios, rehusaron con energía. Estaban muy bien allí, dijeron. Habitaban una casita en el interior de la isla, y sólo deseaban clavos y vino.

Insistí; inútilmente. Confieso sinceramente que la belleza de la señora de Kerdick, cuyo nombre era Celia, contribuía a mi insistencia.

En vano, les propuse desembarcarlos en territorio inglés u holandés, según prefirieran. En vano, les aseguré que si tenían algún antiguo pecadillo, yo contribuiría a que se olvidara. Se declararon perfectamente felices en aquella isla que no querían abandonar.

Hice bajar en su lancha un barril de vino de Madeira y un saco de clavos, y los dejé marcharse. Confieso que desde entonces con frecuencia he lamentado no habérmelos llevado a la fuerza. Confieso que si lo hubiera hecho posiblemente hubiera arrojado por la borda al señor Allan Kerdick.

Supe por el otro francés que vino a mi bordo, que Celia era la hija de un presidiario inglés. Aquel francés, como casi todos los de su raza, alardeaba y era un cínico en cuestión femenina. Pretendía ser también el esposo de Celia, y me dio detalles molestos, por lo cual después de propinarle una severa paliza, lo hice aherrojar, y a la primera escala lo abandoné en una isla.

Por cierto que recuerdo que no le di lancha, y al nadar hacia la isla no sé porqué me pareció que unos tiburones pretendían nadar más deprisa que él, y creo lo consiguieron. El caso es que me ofendió sus malignos comentarios sobre la angelical Celia.

En este punto de su relato, el capitán Peter Dillon guardó silencio. Sus ojos se velaron como si viera surgir de un tronco de árbol en una bahía soleada, una personilla autoritaria y alegre, sacudiendo infantilmente dos largas trenzas.

Salió de su ensueño para intrincarse en una larga frase donde

explicaba que.aquello no había sido más que una aparición pasajera y fugaz y que consideraba a las chilenas como las más bellas mujeres de la tierra entera.

Añadió que todo aquello no era más que un preámbulo para llegar a las cosas verdaderamente serias.

Él, Peter Dillon, tenía como huéspedes, a, bordo del “Saint-Patrick”, dos soberanos, dos soberanos legítimos del reino de Tikopia. El reino de Tikopia comprendía un grupo de islas, de las cuales algunas eran inmensas, sobre las riberas de las cuales abundaban las perlas y que además contenían inmensas riquezas en madera de sándalo y sobre todo en minas de oro virgen.

La montaña de Joe era sin duda alguna una dependencia del reino de Tikopia. Los reyes de aquellas tierras afortunadas, dos hermanos, habían sido expulsados por una revuelta. Peter Dillon los había recogido y alojado principescamente.

Estos dos reyes seguían siendo muy amados y populares entre las tribus de Tikopia. Para restablecerlos en el trono bastaría con algunos hombres que podrían ser unos cincuenta y con algunas piezas, artilleras que podrían ser seis.

Con eso, Tikopia sería reconquistada en un día. Los soberanos agradecidos confiarían a Peter Dillon y sus asociados, la explotación de la madera de sándalo y de las minas de oro.

Chile podía convertirse, gracias a él, en una de las más ricas naciones del universo. Además de su legítima parte en los beneficios, Peter Dillon comunicaba inmediatamente su deseo de ser nombrado almirante honorario.

Joaquín Hornacho pidió cierto tiempo para reflexionar Tenía que consultar las autoridades españolas. Pero Juana de Viscardo se abandonó a una gran exaltación. Aquellos reyes a restaurar, los bosques, las selvas, las montañas de oro, todo aquello turbaba su imaginación tropical,

Estaba dispuesta a todos los sacrificios. Sin tardanza quería presentar sus homenajes a los dos reyes. Peter Dillon aseguró que nada era más fácil, y hasta que obtendría que en su honor los reyes bailaran una danza sagrada como sólo los reyes saben hacerlo.

Fue en Valleparaíso, en la morada, de Juana de Viscardo, que tuvo lugar con cierta solemnidad, la presentación de los reyes a los que debían restablecerlos en el trono de sus antepasados.

Juana de Viscardo había reunido algunos de sus amigos, notables y ricos chilenos, que aspiraban al honor remunerativo de ayudar con sus fortunas a la expedición que iba a prepararse.

Los mismos músicos que habías arrancado a Joe de las manos estranguladoras de Peter Dillon, lo saludaron profundamente cuando éste se presentó encasquetado un altivo chambergo de almirante, rutilante de galones de oro su uniforme.

Estaba rodeado por varios marineros de su tripulación que se colocaron al llegar en dos hileras en el umbral, y saludaron marcialmente, cuando los dos reyes penetraron en casa de la señora de Viscardo.

Eran dos polinesios de bella figura y natural prestancia a los cuales visiblemente se les había recomendada una gravedad realmente majestuosa.

Un testigo ocular muy meticuloso, los describió así:

“Tenían los cabellos rizados y peinados en alto. Estaban envueltos e» un manto de “*Farmium Tenax*”. Varias cortas lanzas atadas en a sus espaldas les formaban como una especie de aureola. Todos los asistentes quedamos maravillados de su hermosa figura.”

Bailaron, y al parecer, aquello nada les quitó de su prestigio. En definitiva, ¿por qué dos reyes destronados, pero a punto de recobrar su poderío, no iban a bailar delante de una concurrencia selecta?

Libaciones, intercambio de promesas, y entusiasmos… Y el capitán Billón acompañó a sus huéspedes reales, a bordo del “Saint-Patrick” con el mismo ceremonial.

La buena sociedad de Valleparaíso y Santiago, fue vivamente emocionada por los ecos de aquella velada. Ofertas de fondos afluyeron de todos sitios.

Aventureros se ofrecieron para ser enrolados en la expedición. Se reconoció que los dos reyes eran realmente unos magníficos, ejemplares de varón que tenían una perfecta educación. Una amiga de la señora de Viscardo se declaró enamorada de uno de los reyes, y hasta quizás de los dos, si la ponían en el trance de elegir.

Y bien entendido, nadie pensó siquiera en dar crédito a ciertos envidiosos comentarios de marineros ebrios, que aseguraban que los supuestos reyes de Tikopia habían sido obligados en el puerto a realizar groseras faenas en el navío, tales como lavar el puente, vaciar las basuras, faenas que no estaban ni mucho menos en

relación con la dignidad real y que verificaban sin la menor protesta, como si se tratara de algo muy normal para ellos.

El “Saint-Patrick” era un gran velero, cuyos flancos podrían contener enormes cantidades de víveres, de municiones y de todo lo que podía contribuir a la edificación de un poblado, y al mantenimiento de una colonia.

El navío absorbió durante días toda clase de mercancías procedentes de donativos o compras.

No era ya un secreto para nadie en Valleparaíso que asociados en un principio, el capitán Dillon y Juana de Viscardo estaban ahora unidos por una tierna amistad.

Pero esa tierna amistad no carecía de nubes tempestuosas. Juana se quejaba a sus amigas, de ciertas rarezas, de violencias sin motivo que repentinamente se apoderaban del capitán.

Entre otras, tenía una rareza muy curiosa. No podía oír un raido de campanas, sin ponerse furioso y como enloquecido, corriendo alocadamente y sacando sus pistolas y disparándolas al aire.

La marcha del “Saint-Patrick” para la conquista de Tikopia ya se había fijado y estaban ultimándose en el puerto los postreros preparativos, cuando un suceso, ordinario al parecer, la entrada en la bahía de Valleparaíso, de un ballenero, vino a turbar las almas.

Era raro que los balleneros premeditaran una entrada sensacional en los puertos donde hacían escala. Aquello no entraba en la mentalidad de aquellos hombres vueltos taciturnos por sus largas permanencias en los mares.

Fue una excepción, pues cuando los marinemos del “Rixas” desembarcaron un atardecer sobre los malecones de Valleparaíso, en número no superior a una quincena.

Debían de temer una excepcional causa de estar alegres, porque entonaron a coro una canción de mar inglesa. El que saltó primero de la lancha empezó a tocar una guitarra.

Los otros imitaron una especie de cortejo cómico. Pero la particularidad de este cortejo es que en medio de ellos andaba con aire decidido una esbelta mujercita que reía mostrando unos dientes blanquísimos.

Tenía entre sus cabellos una perla lechosa de la más pura agua, y de un grosor enorme. Estaba vestida con un chal de China arrollado alrededor de su cuerpo, y que permitía ver unos brazos y

unas piernas de una gran pureza de líneas.

Aquel chal chino debía ser un trozo de una gran pieza de seda que el equipaje se había repartido, porque cada marinero habíase colocado sobre sus ropas, un pedazo en forma de cinto, de turbante o de pañuelo de cuello.

El alegre grupo que fue rápidamente rodeado por todos los badulaques se dirigió hacia un callejón donde empezaban a iluminarse las tabernas marineras.

Allí, la pequeña tropa se dividió La joven vestida del chal, dio imperativas órdenes por las cuales tres o cuatro de sus compañeros se pusieron a la busca de un lugar donde pudieran comprar una buena cantidad de whisky que debía ser transportado a bordo del “Rixas” así como legumbres frescas y sandías.

Y ella entró con el tocador de guitarra y el resto de la tropa en una taberna donde pidió inmediatamente “whisky” colocando sobre la mesa un puñado de soberanos de oro ingleses.

Extrajo aquellos soberanos del saco de cuero que uno de sus compañeros, caracterizado por su faz simiesca, llevaba alrededor del cuerpo atado por una correa.

Algunas frases familiares fueron intercambiadas con el tabernero. El “Rixas” era un honesto ballenero cuyo capitán era aquel hombre de alta estatura y barba roja que estaba comprando “whisky” y legumbres.

No había que extrañarse del aspecto mísero del navío. Acababa de soportar una campaña de tres años y había vendido todo su cargamento de aceite en un puerto australiano.

El capitán había comprado muchas sedas que pensaba vender en Valleparaíso. Y también muchas perlas. La joven a la vez que bebía mostraba la perla que tenía, entre los cabellos y decía que en el “Rixas” había puñados de ellas.

La noche había ya caído, cuando ella salió a la calle y poco después se encontraba frente al capitán Dillon. Éste, al cual sin duda habían advertido de la llegada de aquellos extraños balleneros, reconoció inmediatamente a Celia.

Celia había desempeñado un papel considerable en este abismo de sueños donde el alma no presta siempre una luz completa. En aquel abismo caminan fantasmas llenos de atractivo de los cuales no se distingue claramente los contornos ni la faz y son ellos que

dominan muchas veces la voluntad del hombre más fuerte,

Peter Dillon se enteró sin la menor emoción que Allan Kerdick, descansaba definitivamente en algún lugar bajo la sombra de una palmera, y le alegró saber que el “Rixas” iba a reparar sus averías y vender su cargamento en Valleparaíso.

Pero juzgó inoportuno enterarse de otros detalles sobre las aventuras de la joven. Sin duda, se había prometido a sí mismo, que si nunca volvía a encontrarse delante de Celia, no la dejaría escapar bajo ningún concepto. La asió por el brazo y manifestó su intención de no separarse de ella.

Aquello causó en Celia la más profunda hilaridad. Al principio, creyó en una broma. Se había expresado en francés, idioma que no comprendían sus compañeros. Pero cuando vio que Peter Dillon, que la seguía cogiendo por el brazo, estaba resuelto a llevársela, empezó a hablar en inglés, e invitó, siempre riente, al capitán a que la saltara.

Pero Dillon fingió no haber oído la invitación, contraria a sus propósitos. En cambio, los marinos del “Rixas” la habían oído perfectamente. Sin el menor reparo, se interpusieron y empujaron rudamente a Dillon.

En esto, llegaron los que habían ida de compras.

—¿Habéis encontrado sandías? — gritó, desde lejos, Celia.

Sí, habían encontrado sandías. Ella contestó entonces que estaba encantada. El guitarrista volvió a tocar, el alegre cortejo volvió a formarse y el grupo desembarcó en la lancha.

Peter Dillon supo contener su furor. Estaba tranquilo. Aquellos balleneros que vendían sedas y perlas no podían ser otra cosa que vulgares piratas.

El “Rixas” era seguramente un barco robado cuya tripulación debió ser asesinada. La mirada rápida que echó al casco del “Rixas” le permitió adivinar expertamente huellas de proyectiles.

Además, por la posición de las lonas, comprendió que no era un muy experto capitán el que mandaba la nave. Sin perder tiempo, dio parte de sus sospechas al comandante del puerto. Éste, lleno de miramientos hacia el “ilustre marino”, lo invitó a venir con él al amanecer siguiente, para examinar los papeles de a bordo e inspeccionar la cala.

Pero el acto de autoridad que meditaba el capitán Dillon para

apoderarse de Celia no pudo realizarse.

Al amanecer siguiente, no había la menor huella del averiado "Rixas" en el puerto, ni de su casco devorado de conchas y rasgado por proyectiles ni de sus velámenes mal enrollados.

Si el guitarrista, la joven con la perla y el chal y sus alegres compañeros no hubieran desfilado por los muelles, asombrando vivamente a los que los habían visto, se hubiera podido creer que el mísero "Rixas" había sido una alucinación, un fantasma de navío.

Un vendedor de legumbres y otro mercader de whisky atestiguaron haber tratado la víspera con hombres de aspecto inquietante y de pagos generosamente desproporcionados con compras.

El "Rixas" había aprovechado una noche especialmente sombría para izar velas sin ser apercibido.

Los mares son vastos y el mundo es inmenso. Viniendo de lo desconocido, el "Rixas" regresó al ignoto, con la misma facilidad. Ningún puerto sudamericano dio cuenta de su presencia. Y ningún puerto del mundo señaló después su existencia.

Pero las comunicaciones eran lentas y las vigilancias inciertas e inseguras. ¿Quizá el "Rixas" había cambiado de nombre? Quizá su tripulación y su mujer capitana se resignaron a vestir ropas normales y suprimieron el empleo del guitarrista en los momentos de desembarco.

Lo cierto fue que Celia, la de la risa cristalina, Celia, la de la perla valiosa y la de las trenzas, volvió a ocupar su sitio en la profundidad de los sueños del capitán Peter Dillon, para borrarse definitivamente de la realidad.

El humor del capitán Dillon volvióse sombrío. Pensó en renunciar a la conquista de Tikopia y lanzarse con el "Saint-Patrick" a la persecución y captura del "Rixas". Se contentó con retrasar la partida con la esperanza de obtener noticias del supuesto ballenero.

No las tuvo y llegó un momento en que la expectación e impaciencia de toda la ciudad le obligó a partir. Pero no entraba en sus cálculos llevarse con él a todos quienes prometió gloria y fortuna.

En el último instante, indemnizó generosamente a un chileno de notoria influencia, al cual había encargado de reclutar una manada de hombres intrépidos. Aquel jefe de mesnadas, llamado Gómez,

desapareció el día antes del momento en que el "Saint-Patrick" debía izar velas.

Los hombres intrépidos que habían hecho trato con él, desertaron, alegando que si bien aceptaban servir a un chileno como ellos, no toleraban el mando de un inglés.

Peter Dillon nada hizo para retenerles. A los asociados de la expedición que temían que una conquista sin tropas no fuera fácil, les declaró que, al contrario, aquella deserción era beneficiosa. Había recibido noticias del puerto de la Concepción donde pensaba hacer escala y uno de sus lugartenientes le comunicaba que allá había reclutado algunos hombres de "élite" que sabrían utilizar las seis piezas de artillería que se llevaba sin contar con las del "Saint-Patrick", va expertamente manejadas.

El "Saint-Patrick" se llevaba suficientes motivos de zozobra. Juana de Viscardo hacíase acompañar por una de sus amigas, la condesa de Carpía, antigua belleza madura de Santiago.

Era una mujer de temperamento, dotada de una precoz gordura. Elogiaba incesantemente la hermosura de uno de los reyes de Tikopia y no ocultaba sus esperanzas de realeza.

Peter Dillon se había visto obligado a ceder a las instancias de Juana para embarcar también una orquesta de músicos. Pero uno de ellos había sido combatiente con los españoles y quedó convenido que serviría de instructor a los demás, músicos, enseñándoles el manejo de las armas.

Juana se contentó para su servicio personal con dos criadas negras y un cocinero mestizo.

El "Saint-Patrick" navegó durante dos días con cierta tranquilidad. Pero los vientos cambiaron y una maniobra peligrosa exigió el concurso de todo el pasaje.

Las dos damas se encontraban en cubierta. Al toque de silbato de Peter Dillon todos los marineros treparon por el cordaje y se vio a uno de los reyes ascender con agilidad de mono por una cuerda y ayudar a tensar una vela.

Pero el otro, bajo la mirada admirativa de la condesa de Carpía, no se resignó a tomar su papel de simple marinero. Quedó inmóvil en una arrogante actitud.

Pero, a bordo del "Saint-Patrick", había un tercer habitante de las fabulosas islas hacia las cuales la nave bogaba. Era

extraordinariamente feo y de pequeña estatura, y era, sin duda, por estas causas, que no había sido llamado a desempeñar un papel de rey.

Tenía para el capitán una fidelidad que poseía un matiz de mística. Esta fidelidad tenía su origen en el hecho de que Dillon había una vez mirado la luna en su presencia, a través de un largo anteojo, y nada podía ya hacerle abandonar la idea de que su amor comunicaba con aquel planeta por medio de un tubo metálico.

Por eso, cuando obedecía al capitán Dillon, obedecía a la luna. Aquel hombrecillo feo, llamado Vancu, por el nombre de la isla donde había nacido, gozaba, por razones desconocidas, de un poder absoluto sobre los otros dos salvajes.

Cuando vio que uno de los “reyes” no obedecía el mandato del toque de silbato del capitán, empuñó una cadena que ondeó a modo de látigo y con la que golpeó con todas sus fuerzas al indisciplinado

Este, aterrorizado, lanzó un grito, se abalanzó a una escalera y en un segundo desapareció por entre las lonas. Pero el golpe de cadena halló un eco inmediato en el alma de la condesa Carpía.

Cediendo a un reflejo que sólo el amor podía suscitar, se precipitó sobre Vancu, golpeándole con un parasol de seda que llevaba en la mano.

Vancu apartó el parasol con la cadena rompiéndolo. Y desapareció gruñendo en la cala.

Aquel rápido incidente pudiera haber pasado sin la menor consecuencia. Pero Peter Dillon hizo acerrojar al hombre que se había identificado tanto con su papel de rey hasta el punto de olvidar su verdadera obligación de marinero.

Por otro lado, rehusó enérgicamente Dillon de castigar a Vancu por haber roto un parasol. Juana de Viscardo, impulsada por su amiga, reclamó imperativamente la reparación de tales injusticias y como Peter Dillon se limitaba a encogerse de hombros, quiso ella hablar como dueña y señora.

Para hacer resaltar su dominio, hizo instalar hamacas con cuerdas que iban de un mástil a otro, e hizo venir sus criadas para que la abanicaran con hojas de palma y plumeros a ella y su amiga, y colocó su orquesta de un modo que quizá correspondía a las leyes del ritmo, pero que convertía en imposible la circulación sobre el puente.

Peter Dillon no esperó a oír el final de la pieza que la orquesta había atacado con vigor. Tal vez su lenguaje fue excesivamente enérgico y gráfico cuando habló entre las dos hamacas donde las dos damas se habían tendido.

El caso es que la condesa de Carpía se levantó lanzando una exclamación escandalizada y Juana administró un magnífico bofetón al capitán leí “Saint-Patrick”.

Ella consideraba aquel bofetón simplemente como una débil advertencia y muestra de su enojo y en su femenina ignorancia de las leyes y poderes de un capitán en su bordo, le gritó que en adelante no se mezclara en nada y que ella tomaba, personalmente, el mando definitivo del navío y de la expedición.

—¿Motín a bordo? — rugió Dillon, airado.

¿Podía la inconsciencia femenina interpretarse como motín? Aquella fue, sin embargo, la tesis de frágiles bases que sostuvo el capitán Dillon. La tripulación del “Saint-Patrick” podía atestiguar que había visto a su capitán abofeteado por el jefe de los amotinados.

Podía también atestiguar que durante dos mañanas habían visto a los músicos ejercitarse en el manejo de las armas y tiro, instruidos por el director de la orquesta.

No habían transcurrido cinco minutos desde la bofetada recibida por Peter Dillon, cuando los marineros del “Saint-Patrick”, con el sable de abordaje en alto, se abalanzaban contra el grupo formado por las dos mujeres, la orquesta y las criadas.

Los instrumentos de música fueron rotos y tirados al mar. Las cuerdas de las hamacas fueron cortadas brutalmente, cayendo al suelo las dos damas, que asustadas y doloridas por la caída lanzaron inútiles gritos pidiendo socorro.

Las plumas de los abanicos revolotearon. Los músicos se arrodillaron bramando clemencia. Las criadas emitían aullidos lastimeros.

Todo el “grupo de amotinados” Fue amontonado en una estrecha cámara del entrepuente. Juana de Viscardo fue arrastrada hasta la cámara del capitán Dillon, el cual la despejó de joyas y de cuanto de valor llevaba encima. Después, de nuevo arrastrada y empujada a puntapiés, fue arrojada en la cámara donde se amontonaban su amiga, los músicos y las criadas.

Poco faltó para que todos perecieran de asfixia en la estrecha támara. Pero sus buenas estrellas quisieron que el navío se acercara a la isla de Chiloe.

Esta isla que se extiende a lo largo de las costas del Chile meridional, es desértica en toda la parte que da frente al océano, pero tiene la particularidad de ofrecer numerosas bahías que formaban calas apacibles para las naves. En una de estas bahías ancló el “Saint-Patrick”.

Por poco tiempo. Nada más que el preciso para que una lancha depositara en tierra a los “amotinados”. El hecho de ser abandonados a un día de marcha de un poblado, representaba una medida de clemencia del capitán Dillon. Y así lo manifestó más tarde a las autoridades del puerto de Calcuta, donde condujo el “Saint-Patrick”.

Nadie ignora el poder soberano de un capitán de navío y lo grave que puede ser para la seguridad de todos, la debilidad que consiste en dejar el descontento aumentar y la indisciplina incubarse. El capitán Dillon prefería cortar de raíz aquel mal. Habiendo generosamente perdonado a los “rebeldes” su intento de motín, los depositaba en tierra chilena, insinuando que olvidaba todos los perjuicios que hubieran podido resultar de aquella “sublevación”.

No tuvo tampoco dificultades en explicar cuántos contratiempos le surgieron en Tikopia, donde se había detenido algún tiempo. Había empleado lo mejor que pudo lo que recibió de sus asociados chilenos para el restablecimiento de los reyes en aquella isla.

Pero la hostilidad de la población hacia los blancos, había convertido en imposible la restauración. Los reyes seguían formando parte de la tripulación del “Saint-Patrick”.

Fue el momento que Peter Dillon escogió para dar fin a su carrera marítima. Vendió el “Saint-Patrick” en forma fructífera y se retiró a Londres.

En Valleparaíso no se pudieron explicar por qué Juana de Viscardo y su amiga, habiendo llegado a la ciudad de Castro con muchas fatigas, permanecieron allá más de un año. Hubo quien pretendió que estaban avergonzadas, otros insinuaron que hicieron penitencia en el convento de las monjas benedictinas.

Dos campos se formaron rápidamente en Valleparaíso. El uno

englobó a la mayoría de indignados que habían puesto fondos en la quimérica empresa, considerándolo una estofa de Peter Dillon.

Otro grupo, minoría de franceses que afirmaban con energía que un capitán que había sido recibido en audiencia por el rey de Francia, era un marino por encima de toda sospecha.

Pero una empresa donde hay el fantasma de una montaña de oro, no se olvida fácilmente. Juana de Viscardo pretendía estar en posesión de un documento que Joe le había legado para agradecerle los chorros de música con que le habían obsequiado durante sus últimas horas.

Ella afirmaba que no había nunca mostrado aquel documento al capitán Dillon, a pesar de su intimidad con él.

Por otra parte, a nadie mostró aquel documento, ni siquiera cuando quiso organizar una nueva expedición a Tikopia.

Explicaba que después de la bofetada que había ocasionado su ruptura con el capitán Dillon, éste la había registrado, para encontrar el documento.

—Pero el documento estaba entre mis cabellos y gracias a Dios poseo una cabellera espesa y abundante.

A esta argumentación, los espíritus mal intencionados objetaban que aquello no suponía la existencia del documento, sino la realidad de una abundancia capilar.

Ninguna nueva expedición se organizó hacia Tikopia y la sombra de la montaña de oro declinó poco a poco hasta desvanecerse para siempre en las almas aventureras de Valleparaíso.

CAPITULO V

Tres "agregados"

Y Gastón d'Arsonval terminó su relato con la maestría de entonación que le hacía ser un magnífico narrador.

Frasco Zarzales alzó la cabeza paja observar al hombre de pequeña talla, anchas espaldas y fría mirada, fue desde hacía unos instantes habíase acercado escuchando la segunda mitad del relato referente a la aventura del reino de Tikopia.



Permaneció sin contestar...

—Hola, amigo — dijo el sevillano, con campechanía—. ¿Puede saberse quién es el que manda más en toda esta gente que calladamente parece tenernos puesto el cerco?

Marcos Cortezo jugueteando con el silbato de oro que colgaba de la cadena alrededor de su cuello, permaneció sin contestar. Miraba alternativamente a los tres "señuelos".

—¡Vaya, otro mudo!—exclamó Lucientes, que deseaba ya salir de aquella situación pavorosa, donde todo era silencio alrededor de ellos—. ¿Es que sois comedores de lenguas y habéis empezado por la vuestra propia?

—Tú mismo que acabas de hablar tan neciamente, pelirrojo—dijo Marcos Cortezo, con fría entonación sin matices—vas a contestar a mis preguntas.

—Te obedeceré porque sois muchos y no queremos pelea, ya que logramos salir ilesos de peores males. ¿Qué quieres preguntar?

—¿De dónde venís?

—Del Sur.

—¿De qué poblado?

Durante la marcha hacia la Quebrada, los tres amigos habían acordado lo que de los tres debían decir, caso de ser separados.

—De Richamba.

—Tu nombre.

—Diego, apodado "el saltamontes".

—¿Quién os perseguía?

—¿Pues, quién iba a ser, alma mía, sino fementidos y repulsivos soldados que por donde nos huelen tiran a matar?

—¿Por qué os perseguían?

—Por diferencia de opiniones. Ellos opinan que robar y matar es cosa que merece castigo.

—Tu nombre. —Y miró Cortezo a d'Arsonval.

—Gastón, apodado "el Flamenco", porque de flamenca región soy.

—¿Quién de los tres es el que manda?

—Yo, Frasco, apodado "el Gato", por el aquello de *mimirillas* verdes.

—¿Dónde suponéis que estáis? Contesta tú, "Gato".

—En un monte de una región al Norte del Ucayali.

—¿Quiénes crees son estos hombres? —Y Cortezo, con la cabeza, hizo un movimiento hacia atrás.

Frasco Zarzales, despaciosamente, contempló a los Montañeros.

—Parecen pastores nómadas, pero de ganado no veo más que

caballos, y en cuanto a los mosquetones no veo a qué vienen. Si las lanzas que sirven para azuzar rebaños.

Marcos Cortezo era valiente, porque sabía que sus hombres le reputaban inconmovible.

Tocóse el pecho soltando el silbato.

—Yo soy Marcos Cortezo.

—¡Sopla!—murmuró Lucientes, sudando—. Creo haber oído este nombre antes de ahora. ¿No era el de un rival en nuestros negocios, capitán “Gato”?

—Estos hombres son los Montañeros y yo el jefe—añadió, ásperamente, Marcos Cortezo.

Frasco Zarzales rió alegremente, coreado por d’Arsonval. La risa de Lucientes sonaba a temblorosa.

—Me place saber que sois los montañeros famosos y tú el jefe de todos ellos. Hemos caído bien—dijo Zarzales, mirando a sus dos compañeros con muestras de satisfacción—. ¿Os dais cuenta? Son los Montañeros, esos valientes a quien nadie ha podido ver de cerca.

Era tal la naturalidad del sevillano, que Marcos Cortezo necesitó aclarar;

—Nadie con vida me ha visto de tan cerca, que no fuera montañero:

—Fácil arreglo tiene esto, jefe—dijo, zalamero, el sevillano—. Tres hombres bregados como nosotros te pueden ser útiles. Hasta hoy hemos campeado libremente, mandando yo en estos dos. Pero la cosa se ha ido poniendo mal. Ya es demasiado conocida la cuadrilla de “Pañuelo Negro”, hay edictos con mucho oro por nuestra» cabezas.

—¡En pie!—dijo secamente Marcos Cortezo—. ¡Obedeced!

Frascos Zarzales ágilmente se colocó en pie. Supo adoptar una postura respetuosa. Los otros dos le imitaron.

—¡Imbéciles!—y no había ni amenaza ni cólera ni desprecio en la entonación y expresión de Marcos Cortezo. Hablaba como siempre, con monótona dureza—. ¿Qué valor tienen tres bandoleros que huyen?

—Mucho—dijo, sonriendo, Zarzales. —Mucho, jefe. Si salimos huyendo del Richamba es porque queríamos reclutar gente. La necesitábamos para tres empresas como no hay igual. Agréganos a

tus Montañeros y el oro y las joyas llenarán tus cofres.

—No tengo cofres, ni creo historias de las que tan bien sabe contar este extranjero.

—Si te demostramos, que cada uno de nosotros vale el peso de sus carnes en oro y piedras preciosas, ¿no creerás nuestras historietas?

—Cuenta la tuya, "Gato" — dijo, fríamente, Cortejo.

—Es breve. Yo sé dónde está enterrado el tesoro del capitán Kidd. Una gruta en un paraje desierto. Sólo yo, conozco por dónde se entra a la gruta que encierra cofres bajo tierra, llenos de oro y piedras de inmenso valor.

—Tengo un verdugo que te hará hablar, "Gato".

—No, que no—sonrió Zarzales—. Escucha, jefe. Yo necesito hombres. Tú puedes obtener por mi vida mi peso en oro y piedras. Pero el verdugo nada me hará soplar. Son muchos tus Montañeros y tontos seríamos si pensáramos luchar. Y la prueba de que no queremos muerte, es que podríamos haber disparado contra ti. Eres solo y somos tres. Antes que acudieran tus Montañeros habrías muerto. Pero... sabemos que posees poderes contra los que no se lucha.

—Pronto lo sabrás. Cuenta tu historieta, flamenco.

—Es la misma que mi capitán.

—Aquí no hay más capitán ni jefe que yo. Vuestras vidas ya valen muy poco.

—Bien, jefe...—dijo, humildemente.

—Tú, pelirrojo, cuenta tu historieta.

—Allá al Este hay una comarca donde antaño fui Runa Cupay, el blanco demonio, por mis cabellos rojos. Es la comarca de las mujeres que llevan corazas de oro y que matan con sus armas los enanos jíbaros. Fuimos a Richamba a buscar gente. Nuestro propósito era formar dos grupos. Uno, aguardaría el regreso de la gruta, para pagar con el oro y las piedras la expedición a la tierra embrujada y maldita. Allá las perlas tapizan el lecho de los ríos y el oro virgen.

Silbó estridentemente en su silbato Manos Cortezo. Varias veces y con modulación distinta.

Olaf Bjordom, el noruego coloso, acercó.

Marcos Cortezo señaló con el dedo a Diego Lucientes,

—Este hombre se llama Diego y es apodado el “Saltamontes”. Me respondes, de él hasta que decida. Vete.

El madrileño miró a Frasco Zarzales. Éste dijo, autoritario:

—Obedece al jefe. Vete.

—¡Aquí sólo mando yo, y nadie halda mientras no sea preguntado!—Y Mareos Cortezo volvió a silbar ruando Olaf Bjordom, acompañando a Diego Lucientes, se había alejado.

Apareció Chano Sáez, el mestizo chileno.

—Este hombre se llama, Frasco apodado el “Gato”. Me respondes de él hasta que decida. Vete.

Saludó Chano Sáez y saludó Frasco Zarzales. Poco después, al quedar m solas con Gastón d’Arsonval, Marcos Cortezo lo miró levantado el labio superior en mueca desdeñosa

—Cuando regrese Sat-Song, ya sabré lo que quiero saber. Tú te quedan aquí, hasta que yo venga.

Gaston d’Arsonval se sentó. Poco después, solo pero vigilado a veinte pasos de distancia por una veintena de montañeros, tendióse para con parsimonia, irse curando el hombro herido por un corte, de puñal.

Lo hizo con pericia, vertiendo pólvora en la herida. Mientras con su profunda voz, de guturales “erres” redoblando, empezó a cantar:

“Este mundo es un gran baile,
en que falta la mesura,
es un verdadero carnaval,
do brota la aventura.

Gran masa de actores,
que del globo llena el ámbito.
Máscaras de todos colores,
que continuamente cambian de sitio

Para divertirnos un momento,
observemos esta masa inmensa,
veo primero con evidencia
la Fortuna y la Indigencia.

La una brilla con hábitos pomposos
la otra, con harapos costrosos.
Pero el Destino a las dos,

las hace cambiar de sitio.

Ved el Amor, este malicioso,
que revolotea ligero,
poniendo a todos en movimiento,
y llevando al fugaz Hymen.

Los dos, jugando sin cesar,
con mil argucias distintas,
a los amantes y esposos,
les hacen cambiar de sitio.

Más lejos apercibo el Placer,
que sin descanso ríe y se agita,
precedido va del Deseo,
y el Hastío le sigue fatalmente.

A todos los ojos se ofrece,
con sonrisa llena de encanto:
os invita a que lo aprisionéis,
y pronto cambia de sitio.

Amigos míos, en este torbellino
procuremos alegrar nuestro papel,
y huyendo de la prosaica Razón,
aprovechemos el tiempo que vuela,

Y cuando del baile habrá que salir,
despidámonos con buen talante,
después de todo, ¿qué es morir?
Es dulcemente... cambiar de sitio".

Ante él acababa de aparecer Marcos Corteza

—Sabes narrar y cantar, aunque hombre eres. ¿Sabes también quién era Scherazade?

—La odalisca, que para prolongar su vida condenada a muerte, iba contando historias al Calila.

—Tu vida está en mis manos. Nunca tuve un Scherazade varón. Lo serás. Tú y yo esperaremos el regreso de tus dos compañeros. Siéntate.

Marchóse Cortezo, mientras d'Arsonval sentándose, al cabo de unos instantes cantó, entre dientes: "Después de todo, ¿qué es

morir? Es dulcemente… cambiar de sitio”.

Y era feliz. Los “señuelos” de sus dos amigos, atraerían a muchos Montañeros. Y él se quedaba allí…, a gusto, si el sacrificio de su vida presentaba, como suponía, la continuidad en el mundo de Frasco Zarzales y Diego Lucientes.

CAPITULO VI

Dos puntos cardinales

Frasco Zarzales, desde que se lo había llevado Chano Sáez hasta el lugar donde reuníanse los Montañeros del grupo austral, no había dicho una sola palabra.

Avanzó a la señal imperativa que desde lejos hizo Marcos Cortezo.

—Presta mucha atención a mis palabras, "Gato", y contesta sólo cuando seas preguntado o te dé orden de hablar. ¿Cuántos días necesitas para ir y volver con el tesoro de la gruta? Contesta.

—Cinco, jefe.

—¿Cuántos hombres? Contesta.

—De cien para arriba los que quieras, jefe.

—¿Por qué tantos? Contesta.

—Dos millas al Sur de la llanura donde está la gruta, hay una guarnición de españoles.

—Yendo de noche, se evita la lucha. ¿Cuántos son en la guarnición? Contesta.

—Dos centenares.

—¿La guarnición se llama cómo? Contesta.

—No puedo, jefe. Es mi secreto.

—Te lo ordeno, imbécil.

—La guarnición de Vertiente Seca.

—Necesito unos días para vengarme de algo sucedido, en Latacunga. Mientras, dos de mis grupos están inactivos. Irás con el grupo mandado por el teniente Chano Sáez, que manda el grupo austral. Serás su guía. Cuando regreséis, tu peso en piedras y oro te rescatará. Si lo quieres entonces podrás continuar con nosotros. Queda en rehenes el Flamenco. Puedes irte y hablaré con Austral.

Vete. Por espacio de varios minutos teniendo ya delante de él al mestizo Chano Sáez, permaneció en silencio Marcos Cortezo.

Por fin habló lentamente:

—Este hombre, el llamado “Gato te servirá de guía. Tiene tanto interés como tú en no caer preso de españoles. Os conducirá a una gruta. Vigílale siempre estrechamente sin que lo parezca. Que él crea que confías plenamente en él. En la gruta cuando el tesoro esté a la vista, que entierren al guía en los hoyos, descuartizado. Vete.

Marcos Cortezo volvió a llamar Chano Sáez.

—Ha dicho cinco días para ir y volver a poca distancia de una llanura desértica cercana a una guarnición española llamada Vertiente Seca. Podéis poneros en marcha inmediatamente. Si regresas con menos setenta y cinco montañeros, date muerte. Vete.

Marcos Cortezo dirigióse lentamente hacia el lugar donde junto al coloso noruego, Diego Lucientes intentaba en vano entablar conversaciones con él.

Sentíase dispuesto a encolerizara pero se dominaba. Hasta que oyó seca voz de Marcos Cortezo llamarle.

—¡Saltamontes! ¡Ven aquí!

Diego Lucientes, mientras se encaminaba al lugar donde aguardaba hombrecillo de anchas espaldas, gruñó, en voz baja:

—Cucaracha tú mismo. Todo sea para que no quede ni el rabo del medio piojo que os coma.

Marcos Cortezo examinó desdeñosamente al pelirrojo.

—¿Cuántos días necesitas para ir en busca de las corazas de oro y las perlas? Contesta tan sólo cuando te lo ordene. Contesta.

—Doce días.

—¿Cuántos hombres? Contesta.

—Hay flechas de jíbaros y venablos de amazonas. Antes de llegar a mi antiguo reinado, tendremos que andar mucho. Dame los más que puedas, que cuantos más seremos., más reiremos y más carga traeremos.

—Pareces como los otros dos imbéciles, muy predispuesto a la risa. ¿Por qué si eras rey allá, volviste acá? Contesta.

—En busca de hombres. Me alié con el “Gato” y el “Flamenco”.

—¿Cómo te dejaron partir? Contesta.

—Dije que traería hombres para perpetuar la especie. Son muchas mujeres, mucho oro y muchas perlas.

—Te daré la compañía de ciento ocho hombres, mandados por el teniente Septentrión. Serás el guía. Vete.

Tuvo Cortezo que repetir su orden.

—Vete.

Cuando se presentó el gigantesco noruego, dijo Cortezo:

—Doce días de tiempo para ir y regresar donde os conduzca el hombre pelirrojo. Vigílalo estrechamente sin que se dé cuenta. Trátale amistosamente. Hay amazonas con corazas de oro y perlas. Hay flechas y venablos. Cuando cada Montañero tenga una coraza y una perla, y me hayas conseguido cien perlas, regresa. El pelirrojo morirá descuartizado cuando hayas encontrado las perlas. Vete. Parte inmediatamente.

Pasaron dos horas y hacia el Oeste y hacia el Este, dos caravanas se formaron. Al frente de una iba el coloso noruego Olof Bjordom, llevando a. su lado a Diego Lucientes. Se dirigían hacia la comarca de las Damas del Arco. Era el señuelo inventado por Lucientes.

La otra comitiva, dirigida por Chano Sáez, llevaba al frente a éste acompañado por Frasco Zarzales.

El señuelo eran las arenas movedizas donde se proponía el sevillano hacer que todos fueran deglutidos por las pantanosas y traidoras arenas amarillentas.

En el Diadema sólo quedaba el grupo Oriental, en espera del regreso da Sat-Song y los mestizos que habían ido a capturar a Lorenzo Olivares, a los dos agentes y a Alfredo Huarte.

Gastón d’Arsonval se puso en pie al acercársele Marcos Cortezo.

—Siéntate. Tus compañeros se han marchado. Si no regresan, tú morirás. Mientras, cuéntame una historia de tesoros. Me gustan mucho.

Y Marcos Cortezo daba un corto paseo delante del narrador, que con buen humor empezó a narrar, después de una pausa de silencio, en la que no sólo eligió su historia, sino también pensó en que él estaba condenado a muerte, al parecer porque en el mejor de los casos, nunca regresarían Diego Lucientes ni Frasco Zarzales.

Porque ambos lo creerían también hacia un “señuelo”. Y siempre ignorarían que murió como un Scherazade con perilla y mostachos. Y con trágica ironía se aplastó de un manotazo la perilla y el mostacho, mientras sus ojos saltones, mirando a Marcos Cortezo, parecían rebosar de asco.

—Te contaré, la bella historia del pirata Oronda y la coqueta Apolinaria. Yo la oí de los labios de un indio. Te gustará, jefe.

CAPÍTULO VII

El tesoro del Pirata Oronda

Era en los primeros tiempos de la colonización cuando el bandidismo de aventureros de todas razas abundaba en el río Magdalena, y un Adelantado Mayor español decidió reprimir el crimen.

Mucha gente se extrañó que, puesto que iban siendo ajusticiados cuantos bandidos se podían aprisionar, siguiera viviendo Felipe Iñiguez, viejo taciturno, cuya reputación de malhechor estaba bien cimentada.

—Se guardarán muy bien de matarme—decía—. Porque saben que yo soy el único hombre que conoce el emplazamiento del tesoro de Oronda.

Y en las miserables “chinganas” donde bebía el aguardiente fabricado por los indios, se complacía en repetir:

—Yo, si quisiera, podría comprar toda América.

La exageración saltaba a los ojos. Porque no se comprendía que un hombre que tuviera la facultad de poder comprar en tan gran escala, habitase una sórdida casa del poblado de Honda, y estuviera obligado para ganarse el sustento a servir de barquero.

Cuando se hacía alusión a este contraste daba diversas explicaciones.

—Soy hombre de costumbres morigeradas y sencillas. Me basta con tener una reserva de aguardiente para una semana de manera que en él pueda fermentar mi tabaco.

Le gustaba esta temible mezcla, de la cual usaba con moderación. También decía:

—Hay cosas que un hombre de conciencia no puede hacer.

O también:

—Hay peligras que son más terribles que la misma muerte.

Una vez por año, aproximadamente, sé embriagaba profundamente. Era cuando añadía pólvora al aguardiente donde había hecho fermentar tabaco.

Y entonces, al estar borracho, narraba historias del tiempo que era uno de los, hombres de Oronda.

Poco a poco, iba perdiendo la razón y, a pesar de su edad, empezaba a bailar una extraña "jiga". Y bailando lloraba y gemía, imitando las gracias de una mujer difunta, de la cual repetía el nombre:

—¡Apolinaria!

Y continuando con su baile, añadía:

—¿Veis? Era así como ella bailaba. Movía las caderas así y levantaba la cabeza así.

La gente se agrupaba ante el espectáculo singular de aquel vejestorio ebrio bailando. Por fin se revolcaba por el suelo, gritando:

—¡Soy un cobarde! ¡Yo iré a libertar a Apolinaria!

Había llegado ya el momento en que apiadados, varios indios, lo cogían por los pies y los sobacos y lo llevaban a su tugurio, cuyos cimientos eran bañados por las aguas del Magdalena.

Después de haber asistido variar veces a estas escenas, y después de haber bajado y subido varias veces el curso del río con Felipe Íñiguez, un aventurero francés que el deseo de hacer fortuna había conducido a Honda, pudo reconstituir toda la historia que atormentaba el cerebro del barquero.

Era el tiempo en que Zamano, virrey de Nueva Granada, intentaba apaciguar el cruel levantamiento de los indios, con procedimientos primero persuasorios, y, al no conseguirlo, con otros más duros.

Vióse obligado a mezclar cierta fantasía en sus represalias. Para intimidar a los conspiradores de Santa Fe de Bogotá, hizo instalar circularmente escabeles de piedra, donde sentábanse antes de ser ajusticiados, y por espació de una noche, las conspiradores.

Pero una turba de aventureros holandeses se apoderó de Santa Fe de Bogotá, reinando en la ciudad por espacio de varios días, y matando al virrey y a los oficiales españoles con toda la guarnición.

Y entonces, Van Berg, el cabecilla de los aventureros, sembró el

terror, aprovechando los mismos escabeles construidos para ejemplares justicias.

Delante de cada escabel hizo levantar una horca. Y sobre los escabeles fueron sentándose, encadenados, los notables de la ciudad que se negaban a confesar donde escondían sus bienes.

Después de muchas ejecuciones, fueron sabiéndose los lugares de escondite. Por las mañanas, los notables españoles colgaban de las horcas. Van Berg, bajo el hábito de capuchino que llevaba porque se jactaba de ser humilde y místico, venía él mismo a examinar los cuerpos, y se aseguraba de que estaban muertos pinchándoles con una larga aguja en el corazón.

Van Berg simulaba el desprecio de las riquezas. Ocupó el palacio del virrey, y por burla, en una carroza llena dé molduras doradas, colocó un negro, mientras él, andando a pie, quería demostrar que era humilde.

Pero en el inmenso monumento que servía de morada a los virreyes, había acumulado inmensas riquezas procedentes de las matanzas efectuadas. Cuando se le anunció la cercanía de un aguerrido ejército español, intentó Van Berg persuadir a los franciscanos, a quienes no engañó con su aparente misticismo, de que debían poner en seguridad sus objetos valiosos en el palacio del virrey, donde él, Van Berg, se cuidaría de evitar que fueran robados.

Como los franciscanos contestaron con digno silencio, Van Berg declaró que, en el propio interés de los monjes, enviaría a buscar todo lo valioso por sus hombres de armas.

Cuando el ejército español iba ya acercándose a Bogotá, Van Berg se apresuró a proceder al mayor número de ahorcamientos posibles. Ya en el Magdalena esperaba un bajel para transportarle con sus riquezas y sus esbirros a otro lugar seguro.

Pero era preciso llegar hasta Honda y evitar el encuentro con españoles. Hizo cargar sus tesoros a lomos de mulos, y, precediéndolos, galopó hacia Honda, y los esbirros se disfrazaron de capuchinos como él, y antes de partir rodeado de una pequeña escolta, Van Berg hizo toda clase de recomendaciones a sus hombres para apresurar la marcha apenas las últimas cajas fueran cargadas a lomos de los mulos.

Y para acaudillar la expedición del tesoro daba plenos poderes a su esposa, Apolinaria.

Ésta era una mujer de apenas quince años, que nadie sabía de dónde procedía ni en dónde la encontró o raptó. Con chambergo y en vestido masculino, hacía caracolear su caballo, fustigando con su látigo de vez en cuando a algún indio que no iba bastante aprisa.

Todo el mundo sabía que cuando Van Berg volvía la espalda, Apolinaria escupía con desprecio y murmuraba imprecaciones. Llevaba ella los cabellos cortos, parecía un muchacho y sus dientes eran blanquísimos y fulguraban sus hermosos ojos.

Van Berg salvaba primero su vida. Y dejaba atrás su oro y la mujer que amaba. Pero contaba con la fidelidad de su lugarteniente Albroon con el cual quedó de acuerdo en que cerca de Honda esperarían los que acompañaban a Van Berg.

El segundo convoy el del tesoro, viajó sin incidentes por la carretera que va de Bogotá a Honda. Albroon, cuando dejó atrás el poblado de Gaydua, respiró sabiéndose ya a salvo de ataque español.

Era en la unión de la carretera de Neiva que los demás holandeses de Van Berg debían esperarles para colocar definitivamente al amparo los tesoros.

Por eso lanzó un mayor suspiro de alivio cuando, a la sombra de un gran peñasco que dominaba la unión de la carretera de Neiva, apercibió las lanzas de sus compañeros. Apolinaria empezó a agitar su chambergo.

Los jinetes que esperaban pusieron al galope sus monturas y rodearon alegremente la larga fila de mulos.

Un jinete se adelantó hacia Albroon con gesto amistoso. El holandés iba a tenderle la mano, cuando, mirándolo con atención, quiso desenfundar su pistola.

Pero fue tarde su reflejo alarmado. Se abatió sobre la silla de su caballo con una bala entre las cejas.

El pistoletazo disparado por Oronda, ya que, era él y su banda, fue la señal de una rápida matanza.

Era Felipe Iñíguez quien, enviado por Oronda a Bogotá para espiar las posibilidades de un buen botín, había partido la víspera a todo galope y había prevenido a su jefe del convoy de tesoros organizado por Van Berg y sus holandesas.

Oronda mató a Van Berg y a todos los que le escoltaban,. apoderándose de sus hábitos y de sus lanzas. Respetó la vida de los

franciscanos a los que Van Berg, no se sabe con qué fin, había llevado consigo, pero no les dio libertad.

Después de exterminar el segundo convoy, dejando tan sólo con vida a Apolinaria, ordenó Oronda que Se acampara. Cuando los fuegos fueron encendidos contra las fieras, y los centinelas bien repartidos contra los hombres, Oronda, tendido bajo su manta, oyó cantar a Apolinaria.

Pero, a oírla, prefirió dormir. Estaba causado. Cuando despertó, cercano el amanecer, empuñando una pistola y presto a disparar, desamartilló.

Quien se había tendido a su lado era Apolinaria.

Las cordilleras de Cundinamarca se extendían delante de Oronda y su cuadrilla. Fue por entre esas montañas donde penetraron los bandidos para poner bajo seguro sus tesoros.

Oronda empezó por hacer entre sus compañeros una distribución de monedas de oro que representaban la parte de cada uno. La cantidad era tan importante, que muchos, juzgándose ya ricos, abandonaron la cuadrilla descendieron hacia los llanos para de dedicarse a envejecer apaciblemente.

Pero la parte más considerable de tesoro, cajas y sacos llevados a lomo de los mulos, debía ser escondida en un lugar elevado e inaccesible de la Cordillera.

Después de muchas deliberaciones, fue escogida una gruta, refugio perdido entre rocas que un viejo indio señaló. En aquella gruta había vivido durante dos años, ya que su cabeza, estando a precio, tenía que esconderse.

Perseguido por la justicia española y acosado por los propios salvajes de su tribu, aquel indio sirvió de guía a Oronda, el cual, tras él con su cuadrilla, siguió por las montañas.

Se caminaba lentamente, con la dificultad de hacer pasar pesadas cargas por senderos de cabra a lo largo de precipicios cada vez más hondos.

El indio, llamado Atalt, designaba siempre un punto cada vez más lejano e inaccesible. Un día, a lo lejos, apercibieron un jinete. La cosa era tan extraordinaria, que Oronda hizo alto y esperó.

El jinete era un monje franciscano con un sable al cinto y un arcabuz en bandolera. Era uno de los que Oronda, al emprender la larga caminata por la cordillera, dejó marchar con los demás.

El franciscano explicó con serenidad lo que le había determinado a aquella persecución peligrosa y cuyo final era muy problemático. Sólo la protección divina, decía, le había permitido hallar el rastro de Oronda y su gente.

Habló con eufemismos, diciendo que después que el tesoro de los franciscanos hubo sido “custodiado” por Oronda, y cuando éste habíase ya alejado, el prior pensó que entré los objetos del culto había un crucifijo venerado desde hacía siglos y cuyo valor religioso era inmenso.

Un valor puramente religioso, ya que el crucifijo apenas tenía algunas piedras valiosas en los brazos de la cruz, piedras no muy estimables para un mercader. Representaba una especie de reliquia para los franciscanos.

Y por eso el monje había sido encargado por el prior de reclamar este objeto sagrado a Oronda. Terminó el monje diciendo que confiaba en poder cumplir aquella misión hasta el final.

Oronda estuvo unos instantes manoseando la culata de su pistola. Aquella historia era inquietante. Pero la mentalidad de él y su cuadrilla estaba algo afectada, no sólo por la serenidad del monje, sino también por la soledad de los montes y la visión de las cumbres solemnes.

El monje estaba aureolado por la puesta del sol. Hablaba calmosamente. Su larga barba le daba un aspecto de santidad. Algunos bandidos se arrodillaron. Extendió la mano. La cuadrilla entera recibió su bendición.

¿Dónde estaba el crucifijo? ¿En qué cofre? ¿Bajo qué amontonamiento de otras reliquias? Tal vez si lo hubiera tenido al alcance de la mano, Oronda lo habría entregado a aquel monje extraño. Pero no quería deshacer todos los fardos para buscarlo.

Sabía demasiado los efectos de la visión del oro sobre el hombre cuando éste puede verlo y tocarlo. Prometió, pues, al monje, que se lo entregaría cuando llegaran a la meta propuesta.

Y la marcha continuó. Oronda oía ya todas las noches la cálida voz da Apolinaria. La joven había tomado en pocos días un ascendiente extraordinario sobre todos los bandidos. Se la veía correr de un lado a otro del cortejo de mulos, por los estrechos caminos.

Hablaba con la misma autoridad que el jefe. Había azotado a

uno de los bandidos por haberla derribado al suelo cuando el ataque contra los holandeses.

La temían. Pero a un temor puramente humano a sus violencias, se unía el temor de origen diabólico que creían discernir en ella y que la hacía la semejante de Oronda en un misterioso poder que era seguramente el del Mal

Sólo ella y Oronda habían permanecido en pie cuando todos los demás se arrodillaron ante la bendición absolutoria del monje.

Poco a poco dos campos se formaron. De una parte, los malditos, que estaban de lado de Oronda y la mujer, y por otra, los que temían haberse metido en una empresa donde primero perderían la vida y después su parte de Paraíso, ya bastante comprometida. A esos los discursos del monje les producían verdadera zozobra, pero también esperanza.

Por fin, después de haber atravesado un valle de lava calcinada, y haber ascendido a través de las rocas, hasta un pico quemante, Atalt, el guía indio, dijo que va habían llegado.

Estaban todos en una cima de piedra. Los vientos de altura soplaban. No había ya ni vegetación ni aves.

Se acampó. Varios grupos partieron en busca de agua. Oronda decidió ir a reconocer la gruta que se abría más allá, sobre un declive casi inaccesible.

Apolinaria y Felipe Iñíguez, en quien tenía plena confianza, vigilarían el tesoro. Al crepúsculo, Oronda no había aún regresado. Sin duda había acampado con Atalt en el lugar donde se hallase.

Entonces un pensamiento germinó en el cerebro de Apolinaria. Dotada de mucha perspicacia, adquirió de pronto la certeza de que el susodicho fraile no era más que un aventurero audaz.

Un audaz suicida, que aprovecharía un momento oportuno para apoderarse del tesoro. Además, Apolinaria estaba herida en su amor propio si no veía en los ojos masculinos la llama del deseo. Quería ser adorada por todos, y en los ojos del presunto monje sólo leía indiferencia. Y por eso mismo resolvió conquistarlo.

Delante del fuego encendido empezó a cantar. Después se puso a bailar. Había ordenado que se abrieran barriles de alcohol, como si se fuera a festejar algo.

En el centro del coro, oyó los suspiros de admiración y percibió las miradas encendidas. Siguió provocando con sus danzas lascivas.

Pero las dedicaba al supuesto franciscano, que empezaba a ¡mostrar cierto interés.

La noche avanzó. Cesó ella de cantar, y los hombres fueron durmiéndose uno tras otro. Y era seguro que Oronda no andaría de noche a lo largo de precipicios y entre tinieblas.

El falso monje, sobre los codos, tendido, miraba con ojos brillantes a la perversa. Apolinaria se tendió junto a él.

De pronto apareció Oronda. Llamó. Apolinaria tuvo tiempo de deslizarse lejos de donde estaba y vino al encuentro de Oronda, el cual apaciblemente se tendió a dormir.

Hubo al amanecer un nuevo reparto de monedas. Oronda hacía esta concesión a sus compañeros para poder libremente enterrar lo que quedaba del tesoro de Van Berg.

Todo un día Fue consagrado al traslado de los objetos preciosos. Como Oronda quería que el escondrijo permaneciera siendo un secreto para los demás, Felipe Iñíguez y Atalt el guía fueron los únicos que trabajaron en el transporte.

La gruta estaba situada en la extremidad de una grieta en el flanco de un pico, y la grieta servía de sendero. Cuando se había contorneado el pico, se andaba sobre una plataforma de lava donde crecían blancuzcas gramíneas.

Era preciso, además, andar junto al abismo, y se encontraban entonces una serie de túneles que se hundían en el seno de la montaña.

Por la noche, el falso monje recordó su promesa a Oronda, y éste le dijo que le siguiera para que reconociera el crucifijo que reclamaba. Apolinaria los acompañó.

Era ella la que, al llegar a la gruta, empezó a ordenar todos los objetos esparcidos. Había más que nada objetos destinados al culto religioso: candelabros de oro y plata, cálices, incensarios, engarces para reliquias.

Había también montones de casullas bordadas de oro y vestidos sacerdotales. Apolinaria, con un cuchillo, empezó a cortar pedazos para hacerse chales y pañuelos.

Había también dagas con empuñaduras do piedras preciosas, espejos con marcos de oro, vasos, vajillas que habían adornado la mesa del virrey. Había también estatuas de santos.

Una de ellas era de la Virgen María, que siempre los habitantes

de Bogotá creyeron era de oro macizo, y que en realidad estaba vacía, teniendo tan sólo una delgadísima lámina de oro.

Los relatos de Iñíguez sobre lo que sucedió en la gruta aquella noche variaban. Al igual como lo que decía referente a la naturaleza de Oronda. Tan pronto lo describía como un hombre feroz y de arrebatos diabólicos, como hablaba de él estimándolo un alegre bandido y un, fiel amigo.

Iñíguez no entró en la gruta tras de Oronda. Este penetró con Apolinaria y el fraile, y fue Oronda el que le hizo a Iñíguez el relato do lo que sucedió entre ellos.

El falso monje fingió hallar el crucifijo por el cual el prior de los franciscanos, le había incitado a una tan peligrosa expedición Mostró una santa alegría que podía atribuirse a sus piadosos sentimientos, y escondió el crucifijo bajo su hábito. Estaba contentísimo, porque sabía ya dónde se escondía el tesoro.

Pero Oronda de pronto le arrancó el crucifijo, diciendo que si bien se lo había prometido, no así la gran esmeralda que formaba la base del objeto sagrado.

Y con un golpe seco del mango de su puñal, extrajo la esmeralda, tendiéndola a Apolinaria y diciéndole se la pusiera al cuello.

El supuesto monje se arrojó furiosamente sobre Oronda blandiendo el sable. Pensaba que había llegado el momento de actuar. Pero el pirata vigilaba.

Y mientras la esmeralda caja dentro del corpiño de Apolinaria, el aventurero que revestía hábito sagrado cayó al suelo muerto, con el pecho abierto por dos feroces tajos.

El rumor de la corta pelea y los gritos de furor del que acababa de morir llegaron a oídos de Iñíguez, que estaba ayudando a Atalt a mezclar tierra con agua para soldar entre ellas las piedras con las cuales se iba a cerrar el acceso a la gruta.

No se movió, hasta que, minutos después, oyó la voz calmosa de Oronda que lo llamaba. Entró, y como el paso era estrecho y no dejaba entrar más que una débil luz, no distinguió al principio más que imperfectamente a los autores del drama.

El falso monje estaba tendido de bruces, y Apolinaria, las manos atadas, tenía alrededor de la cintura una gruesa soga que había servido a ligar los fardos entre sí, y el remate de la soga estaba

sólidamente amarrado a una arista de la roca de la pared.

Ella temblaba de rabia contenida y dirigía a Oronda una sarta de insultos que hacían reír al insultado.

Éste dijo rápidamente a Iñíguez:

—He querido que seas testigo de eso Felipe. Ya que ella quiso conquistar ni muerto y tanto le gustan las joyas, se quedará con su conquista y con el tesoro. Le regalo ambas cosas. Así soy yo de espléndido, cuando tengo buen humor.

Y empujó fuera a Iñíguez. Éste no tuvo ni el pensamiento de comentar, ni el valor de interceder por la hermosa coqueta. Era un hombre joven y casi un niño bajo la influencia de Oronda.

Ayudó a Atalt a rodar las piedras sobre la entrada y a soldarlas entre sí con el barro.

Durante la labor las lujurias de Apolinaria se habían convertido en desesperadas promesas suplicantes. Las súplicas se hicieron progresivamente lamentos, y también más tenues.

Iñíguez se dio cuenta que Oronda vigilaba a los dos improvisados albañiles con la diestra apoyada en la culata. Pero tanto él como Atalt siguieron trabajando sin atreverse a decir una sola palabra.

Ninguno de los bandidos se preocupó ante la ausencia del monje y de Apolinaria. La señal de retorno fue acogida con alegría. Los hombres se decían entre ellos que aquella expedición era insensata y que nadie regresaría.

Y, además, ya poseían una fortuna. Esto fie la causa que cuando alcanzaron los fértiles valles de Cundinamarca, les hizo desertar a la mayoría.

Felipe Iñíguez decía que creía que Atalt había sido muerto de un pistoletazo a bocajarro por Oronda. Pero añadía que no estaba muy seguro de ello.

Pensó entonces que quizá su vida estuviera también en peligro por causa do lo que había visto. Pero tomó la precaución de fingirse embriagado y murmurar incoherentemente, sintiéndose observado por Oronda, que era tan intrincado el camino de la gruta que nunca. sería capaz de dar con él, porque todas las cimas y picos se parecían, en aquel inmenso dédalo de montes de la cordillera.

Lo cierto es que, por el contrario, habíase, orientado escogiendo inequívocos puntos de referencia, anotándolos con esmero en su

memoria. Pero como había sabido fingir muy bien su absoluta desorientación, le sucedió que muchas veces durmió apartado, cerca de Oronda, a solas con él, y éste no lo mató convencido que, además de fiel, Iñíguez era incapaz de nunca encontrar el tesoro.

Cuando el general Santander tomó el mando del ejército de guarnición en Bogotá, su primera medida fue conceder un gran premio por la cabeza de Oronda.

Esto no impidió al temerario pirata de entrar en la ciudad, disfrazado de mulero y siempre acompañado de su fiel Iñíguez. Fue a visitar al prior de los franciscanos, ofreciéndole da vender un crucifijo.

Hizo aquella visita por simple curiosidad. No se explicaba por qué se le daba tal valor a un objeto, y quería saber si era por la esmeralda que había dejado en el corpiño de Apolinaria.

Inventó una historia para justificar la presencia del crucifijo entre las manos de un simple mulero, y pidió tranquilamente una cantidad enorme.

El prior limitóse a pedir un día para encontrar la suma pedida, ya que Van Berg habíase apoderarlo de todo lo que contenía su convento,

Pero previno a las autoridades y los saldados tendieron una emboscada para hacer caer a Oronda. Pero éste la olió, y huyó.

Felipe Iñíguez nunca dijo lo que sucedió con Oronda. Sólo oía de vez, en cuando rumores de que el feroz pirata seguía cometiendo a diestro y siniestro tropelías sin número.

La sola cosa de la cual estaba cierto Iñíguez era que no había regresado a las Cordillera en busca de las riquezas enterradas en la gruta, por encima de precipicios y picos donde no planean ni los cóndores.

Aquella busca representaba grandes dificultades desde que los españoles tenían fortalezas en las altas cimas y es muy posible que Oronda muriera sin entrar en la gruta.

Lo cierto es que desapareció sin dejar rastro alguno, y aquella desaparición escapándose al castigo de la justicia terrena, contribuyó a aumentar el carácter diabólico de su reputación.

Felipe Iñíguez habló con frecuencia de ir a apoderarse del tesoro de Oronda. Marchó algunas veces para regresar al cabo de poco tiempo sin ni siquiera empezar el ascenso a las primeras laderas de

las poderosas cordilleras.

Otra vez hizo tratos con varios aventureros a los cuales debía conducir como guía, pero la víspera de la marcha se le buscó inútilmente por todas partes.



Qué hermosa canción

Muchas veces le hicieron proposiciones para que diera las indicaciones, precisas. Daba respuestas muy confusas.

Un bandido indio le sometió a refinadas torturas, y por fin lo abandonó medio muerto, ya que comprendió que el cerebro del viejo aventurero divagaba.

Durante el tiempo de su convalecencia Iñíguez negaba con vigor la existencia del tesoro y cesó por fin de hablar de él.

—Espero la vuelta de Oronda...— decía.

Pero con frecuencia lloraba recordando a Apolinaria. Decía que la iría a buscar, y empozó a considerarla como una persona con vida, habitando una lejana soledad.

En invierno, pensaba en la nieve que cubría las cimas, y decía, quejicoso:

—¡El frío que debe pasar la pobrecilla!

Cuando era primavera y bebía su mezcla do alcohol y tabaco, en las “chinganas” de las orilláis del Magdalena, tendía de pronto el

oído, diciendo:

—¡Qué hermosa canción! ¡Qué bien canta Apolinaria!

Los demás hacían como él, colocándose tras el pabellón de la oreja la mano en cuenca. No oían nada.

También otras veces miraba a un punto fijo, donde no había nada ni nadie que pudiera llamar la atención, y decía, con grandes risotadas, dándose golpes en los muslos:

—¡Qué bien baila la india!

En otras ocasiones, miraba por todas partes aterrorizado, y de pronto exclamaba:

—¡No, Oronda! Te juro que ya no me acuerdo. No vi nada. No sé nada.

Y los que conocían su historia sabían por qué no iba a derribar el muro de piedra que tapiaba el tesoro de Oronda.

El tesoro estaba muy bien guardado. No era la altura de la cordillera y los senderos difíciles a lo largo de los abismos los que lo protegían.

¿Quién habría osado penetrar en una gruta donde una mujer con una restallante esmeralda sobre el pecho contemplaba absorta a un hombre con el pecho abierto de dos puñaladas?

Y añadía Iñíguez:

—Nadie entrará nunca donde hay una diablesa y un santo.

CAPÍTULO VIII

Caracteres raciales

Marcos Cortezo, levantándose, hizo un gesto algo humano. Se desperezó, y resaltaron los músculos poderosos de sus cortos brazos y de sus anchos hombros.

Para Gastón d'Arsonval, entendido en anatomías, Marcos Cortezo era un conglomerado de músculos al servicio de un cerebro completamente ajeno a cualquier pensamiento bueno.

El belga, levantóse con cierta indolencia, desperezándose también. Resaltaba su colosal estatura en contraste con la del chileno.

—¿Cuál es tu raza? Contesta.

—Países Bajos. Raza flamenca. Muy flemáticos. Tenemos una gran paciencia y sabemos esperar.

—¿Qué esperas? Contesta.

—El regreso de mis compañeros— mintió d'Arsonval.

Dio Cortezo media vuelta, pero se le veía atento al menor movimiento del enorme belga, que se limitó a atusarse la perilla y el mostacho. Se sabía vigilado por varios mosquetones que lanzarían su carga mortífera desde distintos ángulos, al menor intento de atacar al presuntuoso jefe de los Montañeros.

Iba ya Cortezo a alejarse, cuando, sin volverse, dijo:

—Pronto terminará tu espera. Volverá Sat-Song con los cuatro que osaron pretender que estaban exterminados los Montañeros. A lo mejor, los conoces; se llaman Huarte, Olivares, Loreto y Roncal.

* * *

Lorenzo Olivares, "El Lince", escuchaba ojos cerrados el diálogo que sostenían sus dos ayudantes, Pablo Loreto y Roberto Roncal.

—...y puede ser así, pero también te digo que careces de

fundamento, al igual que yo.

—Muchos son los rostros desfigurados por los balazos de los soldados, y...

Calló Pablo Loreto, porque Lorenzo Olivares acababa de abrir los ojos y le miraba.

Estaban, los tres hombres sentados en un banco de la florida alameda del barrio alto de la ciudad de Latacunga.

—Resumiendo—dijo Olivares, según solía después de oír los diversos comentarios de sus ayudantes—. Tú, Pablo, afirmas que es imposible asegurar que Marcos Cortezo vive, porque muchos de los Montañeras que vosotros dos habéis examinado antes de ser enterrados estaban desfigurados por los disparos. Y tú, Roberto, afirmas que es imposible asegurar que Marcos Cortezo ha muerto, porque no has visto su cadáver. Nosotros, como todos los demás mortales, sólo conocemos al jefe de los Montañeros por alguna que otra descripción contradictoria. Coinciden en presentarle bajo de estatura, muy fuerte y de rostro inmóvil. Tú, Roberto, afirmas que ninguno de los cadáveres ostentaba la cadena de Oro y el silbato del mismo metal que pendía del cuello del jefe de los Montañeros. Pudo algún soldado robarlo. Resumiendo; prueba cierta de la muerte de Marcos Cortezo no la tenemos, pero tampoco la tenemos de que vive, Situación poco acorde con nuestra costumbre, que nos hace desear verlo todo con claridad rayana en el axioma.

Los dos agentes adivinaban que el jefe supremo de la policía del continente sur estaba de muy buen humor, porque se permitía cierto humorismo.

—A propósito: ¿qué se hizo del caballero Frasco Zarzales?

—Partió con sus amigos los caballeros d’Arsonval y Lucientes—replicó Loreto.

—¿Hacia...?

—Lo ignoro, jefe. No me disteis orden de vigilarlos. Tan sólo sé que los vi a los tres juntos con un teniente de caballería llamado Melchor Santana, escandaloso, camorrista y bebedor.

—Dios los cría y ellos se juntan— sonrió levemente Olivares—. Me refiero en concreto al teniente y al caballero Lucientes, ya que el flamenco no bebe, ni tampoco el sevillano... Muchas razas se funden en estas latitudes. Y son bastante difíciles de determinar en ciertas ocasiones, aunque otras son netamente características. Tal, por

ejemplo, aquellos cuatro hombres que pasean por allá.

Siguieron los dos agentes la mirada de su jefe. Vieron a cuatro individuos de aspecto sombrío.

—Mestizos chilenos—...—afirmó Pablo Loreto.

—Tronzas, piel de aceituna, ojos oblicuos y poco simpáticos.

—Siempre parecen meditar un crimen—dijo Olivares.

Estaba de buen humor, y por eso añadió:

—Posiblemente será también que nosotros estamos ya acostumbrados a ven criminales por doquier.

Se levantó.

—Iré a visitar al conde Ferblanc, para despedirme de él. Podéis aguardarme aquí.

Marchóse Olivares. Sus dos agentes, sentados, se abandonaron al dulce sopor de la soleada mañana. Estaban en "reposo". Habían terminado una doble faena con resultados halagüeños. Y por eso quizá abandonaron su continua propensión a estar alerta.

Reaccionaron tardíamente cuando, desde los setos, varios lazos lanzados por los cuatro mestizos chilenos que les habían llamado la atención desde el punto de vista puramente racial, rodearon sus cuellos y bustos.

Los diez hombres de Sat-Song iban realizando su labor. Quedáronse tres de ellos vigilando a los dos agentes amordazados y atados sobre la silla de sendos caballos en un paraje boscoso, sitio de reunión con los demás que partieron a la captura de Lorenzo Olivares y maese Huarte.

* * *

Alfredo Huarte contemplaba amorosamente a "Gacela", su tortuga, que laboriosamente masticaba una hoja de lechuga.

Distrajo la atención del gacetillero un bufido colérico. "Pelón", el gato viejo, sarnoso y salpicado de arañazos, reclamaba su ración y parecía sentir celos del extraño cuerpo de lento andar, contra el cual de nada le valían sus garras, ya que, si bien vivo, aquel raro bicho debía siempre protegerse con una piedra, qué tal semejaba para "Pelón" la natural caparazón de la tortuga.

—Hola, simpático—saludó el gacetillero, acercándose al gato.

Extrajo del faldón de su faltriquera un envoltorio grasoso, que desenvolvió, colocándolo encima de la mesa entre un libro y un manojo de plumas.

“Pelón”, con olfateos preliminares, y gestos de desdén, empezó a engullir su ración de cordilla.

Maese Huarte comía con más apetito si veía comer a sus dos amigos favoritos. Terminó su colación, y, secándose los dedos en las solapas, abandonó la habitación que por deferencia virreinal ocupaba en el pabellón del cuartel del. Tercer Tercio.

Encaminóse hacia el caserón donde estaban instaladas las máquinas de *La Voz del Hurón*, y por el camino también hizo un mental estudio de la fácil característica de los mestizos chilenos.

Era un hombrecillo enteco y sin fuerzas físicas. No costó gran esfuerzo para los tres Montañeros lacearlo, y en pocos instantes, en la soledad de la gran sala de *La Voz del Hurón*, convertirlo en un fardo que no tuvo apariencia humana al ser introducido en unas grandes alforjas que poco después atravesaban la silla de un caballo que, seguido de otros dos, era cabalgado por mestizos chilenos de rostro impávido y sombrío que se dirigían hacia el lugar de reunión.



Lorenzo Olivares encontró al Pirata Negro en el jardín de la casa señorial destinada al coronel del Tercer Tercio.

Enteróse de la tragedia recientemente ocurrida, y oyó los acordes del violín que entonaba la primera pena de amor…

—Entonces, ¿quedaba aún un Montañero en vida?

—Para desgracia de Teresa de Samaniego.

—Es extraño, pero mis dos ayudantes están discutiendo la posibilidad de que no hayan perecido todos los Montañeros, y al menos uno de ellos ha muerto aquí. En fin, yo debo regresar al Norte, y he venido a despedirme.

—Os agradezco la atención, amigo mío. Por cierto, no os podréis despedir del pelirrojo madrileño ni del felino sevillano ni del agresivo y parsimonioso flamenco.

—Ya sé que los tres, al parecer, se han unido en amigable excursión con el teniente Santana.

—¡Tripas y pezuñas!—sonrió tristemente Lezama, parodiando al tosco jinete—. No sabía que los tres inquietos deseaban pasearse con el fierabrás de Santana.

Siguieron conversando unos instantes. Poco después despidióse Olivares de Mireya, y al atravesar de nuevo el vestíbulo, detúvose el jefe de policía ante la estatua que representaba al mandarín.

—Hermosa, ¿no?—inquirió Lezama.

—Es una talla en madera bien esculpida... Pero le percibo algo inquietante.

—Predisposición de vuestro arte do descubridor de enigmas por doquier, señor jefe de policía.

—La característica racial de esta escultura no parece chilena, sino más bien oriental, aunque quizá me lo parezca por los ropajes. Pero...—y Olivares señaló el pergamino escrito que sostenía la estatua en su regazo—. ¿"Cuatro puntos cardinales"? Extraña dedicatoria... ¿No decían que los Montañeros avanzaban y acampaban formando siempre un rombo con los cuatro vértices cardinales? En fin, excusadme, señor conde, pero veo que yo también, como un vulgar mortal, estoy dispuesto a creer que los Montañeros y en especial su jefe, poseen dotes de brujería. Han quedado, gracias a vos, exterminados, y no debemos, pues, pensar más en el azote maligno que suponían para todo ser pacífico.

Iba ya a salir del vestíbulo, cuando ladeó de nuevo la cabeza para, entornados los párpados, dedicar una última mirada a la estatua de Sat-Song.

—Hermosa estatua..., pero maligna, señor conde. No soy propenso a influenciarme fácilmente, y, no obstante, hay algo en esta estatua que no acaba de gustarme. Como si fuera agorera... En fin, olvidad mi necedad, mi buen amigo. Abandono este mediodía Latacunga, y me llevo de ella el espléndido recuerdo de vuestra excelente personalidad.

—Empezamos agrios y terminamos merengues—rió Lezama—. Esto me sucede las contadísimas veces que me tropiezo con un hombre... Cosa no tan fácil, señor Olivares. Porque Diógenes, con su linterna, pasaba años y años antes de dar con uno.

—Vos tenéis la suerte de contar con dos qué son vuestros hijos, y con tres, que son vuestros amigos Lucientes, Zarzales y d'Arsonval.

—Cinco, y os enmiendo la cifra, "Lince": el cuarto sois; vos y el quinto el inefable maese Huarte. ¿A qué hora partís?

—A las tres, en carroza.

—Entonces, y no me rechistéis...; comeréis conmigo. Invitaré también a maese Huarte. Ya que mis otros tres amigos están de francachela con "tripas y pezuñas", hacedme vos compañía con maese Huarte.

—Con agrado acepto, y no faltaré a tan grata invitación. Entonces, no os digo hasta pronto, sino hasta luego.

Pero Lorenzo Olivares faltó a su palabra, por causas ajenas a su voluntad, ya que rodeada la cabeza por tupido trapo, y sólidamente aludo, permanecía inerte atravesado sobre el lomo de un caballo, en un solitario paraje de bosque, junto a otros tres caballos sosteniendo otros tres prisioneros de rostro cubierto por trapos.

Los Montañeros esperaban ya tan sólo la llegada, al amanecer siguiente, de Sat-Song, el hombre-estatua, que aquella noche debía reemplazar la inmóvil talla del mandarín, para dar muerte a una mujer y raptar a otra: los puntos vulnerables del invencible Pirata Negro.



—Esta doble descortesía sólo puede tener una explicación en quienes ni son descorteses, ni hubieran faltado voluntariamente sabiendo que tú ibas a ser la anfitriona—declaró el Pirata Negro—. Tanto maese Huarte como Olivares han debido ser llamados urgentemente a lugar alejado de Latacunga: el uno, por jefe de sabuesos, y el otro, por hurón, estarán posiblemente olfateando pista de algo sabroso.

Cheij y Gabriela habían abandonado el comedor, y estaban a solas Lezama y Mireya de Ferjus. Ella forzó una sonrisa.

—Creo, Carlos, que sientes nostalgia...

—¿De qué, tormento, teniéndote a mi lado?

—Del mar, del “Aquilón”, del libre combate, del libre navegar.

—Voy para viejo, mi vida, y los años pesan. Quiero ya pantuflas por cubierta, mi velero es el hogar, y los próximos jinetes con los que quiero combatir son nuestros nietos, cabalgando mis piernas. No debes nunca pensar que para mí es sacrificio el enclaustrarme...

—Pero si yo te faltara, entonces volverías a...

—Chitón, malvada bellaca—replicó Lezama, aplicando sus labios contra la mejilla de su esposa—. Ni en pesadillas quiero evocar la posibilidad de que me dejaras a solas. Tú eres mi luz, mi bien y mi afán de paz. Sin ti..., no sé... ¡Diablos!... Yo creo que es la música del violín melancólico la que nos pone tristes... Hora es ya, Mireya, de que vayamos al abordaje. Humberto te necesita. Lleva ya bastantes horas a solas con su novia muerta. Una madre sabrá hablarle... Yo podría ser rudo en mi propio afán de consolarle. Ve

con él.

Al quedarse a solas Lezama, emitió un tenue silbido. No se había extinguido que ya estaba en el comedor “Cien Chirlos”.

—Siéntate, viejo. Este café no está aun frío. Sóplatelo. ¿Qué tal sigue nuestra salvadora Colasa?

Lustrosa y zalamera, señor—dijo el viejo lugarteniente, con sonrisa satisfecha. Es un portento de listeza.

Dicen que los perros aúllan a muerte... cuando muere alguien..., y supo callarse para no entristecer más los ánimos de tu hijo Humberto... Mala suerte, ¡recontra! Tenía ya novia y...

—Duele la primera pena do amor, viejo, pero los amores se suceden, porque en el hombre siempre alienta el afán de compartir con una esposa la ternura que la vida exige ¿No me comprendes? Yo tampoco, pero para el caso da igual. La vida es dura, y necesitamos dulcificarla con un ser distinto a nosotros. Yo soy un bruto, y por eso Mireya me hace falta para evitar que me convierta en una bestia. Por cierto que te he llamado porque me acaba ella de dar fúnebres ideas, sin querer. Tu señora, mi esposa, lo es todo para mí, viejo. Si ella muriera...

—¡No morirá!—exclamó “Cien Chirlos”, casi coléricamente.

—Es mortal, guapetón. Felizmente, le llevo yo muchos años, y es ley natural que ella me cierre para siempre los ojos. ¿No oíste hablar nunca de Aquiles?

—Creo que era un filibustero antillano, señor. Tú le diste “mecha”.

—No me refería al que se apodó así, sino al de la leyenda. Un dios griego que, bañado en agua especial, quedó invulnerable a toda herida, pero una hoja había quedado en el talón de su pie, mientras se bañaba, y aquél era el único sitio donde podían herirle. Mi talón de Aquiles es Mireya. Si ella muriera..., mal fin me presagio, guapetón, porque entonces quizá en el mar, con letras de sangre, iría mi “Aquilón” escribiendo nuevas páginas, pero bestiales...

—No hables así, señor. Tú siempre serás el hidalgo Lezama. Tu esposa, mi señora, vive y vivirá muchos años para bien de todos. ¿No crees, señor, que es el violín el que nos ha puesto mustios?

—Tienes razón. Salgamos de aquí. Humberto tiene el único consuelo que un hombre en su trance puede desear: su madre. Iremos a dar un paseo, y a la vez nos enteraremos por qué Lorenzo

Olivares y maese Huarte no asistieron a mi invitación.

* * *

A media tarde, Mireya de Ferjus logró que, rendido de cansancio, Humberto se tendiera.

Descendió ella cuando le vio durmiendo. Penetró en la salita donde poco después, Carmen, la esposa del navarro “Pencas”, le trajo bandeja portando servicio de café y pasteles.

—¡Oh, señora!—gimió ella, dolida por su torpeza.

Al ir a depositar la bandeja en la mesita, la taza resbaló, y, queriendo ella recogerla, volcó la bandeja.

Un chorro de humeante líquido manchó el corpiño hecho de brocados de oro, del vestido de la esposa del Pirata Negro.

Mireya, ayudada por Carmen, secóse, y tranquilizó a la atribulada sirvienta.

—No me he quemado. No ha sido nada, Carmen...

—Pero... un vestido tan bonito... ¡Cuánto lo siento, mi señora!

—No seas niña, y no me llores por tan poca cosa. Anda, sécate los ojos, y aquí no ha pasado nada.

—¡Qué torpe!soy! Yo... lo hice sin querer...

Rió Mireya.

—Ya lo sé, Carmen, No te creo capaz de perseguirme con una cafetera chorreando.

Media hora después, en los brocados de oro del corpiño la mancha de café había dibujado círculos visibles.

Pero Mireya de Ferjus no pensó en cambiarse, porque deseaba velar el sueño de su hijo.

En cambio, Carmen estaba completamente aplanada como si hubiera cometido un crimen. Y creyó su deber mortificarse explicándolo a su esposo.

Ambrosio Bustamante escuchó atentamente, y tardó un instante en replicar a la que esperaba su dictamen como si fuera el evangelio:

—Yo opino que, donde no hay mal fondo, la resaca es limpia. Es obvio y pertinaz que los hechos hay que enfocarlos por la trastienda y no por los destrozos. Queda claro.

La costumbre de emplear palabras y comparaciones a veces poco acordes con lo que era tratado, dificultaba el entendimiento de la no muy inteligente de por sí.

Suplicó:

—Pónmelo más a mi entendedora, cariñito.

Miró el navarro en rededor, pero estaban solos en la cocina. Respiró, aliviado.

—Yo opino, carne de mis carnets, que muy claro está lo que sesenta y seis veces te he dicho, y que es que no me llames cosas pequeñas donde pueda haber orejas. ¿No comprendes que si llega a oírte Juanelo, se mondan de risa los tipejos sabiendo que me llamas cosas terminadas en “ito”? El otro día me llamaste “pichoncito”, ¡y vaya, hasta aquí podíamos llegar, mal rayo me funda!

—No lo haré más... que por las noches.

—Bueno—aceptó, magnánimo, el navarro—. Y en volviendo a los asuntos que aquí nos reúnen, yo opino que, puesto que tu intención no era verter el café sobré la señora, y como ella, que es un ángel de bondad y en tendedor a, así lo apreció, queda todo perdonado. Pero en lo sucesivo dejas que la taza se largue y aguantas la bandeja.

Miró ella en rededor, y, bajando la voz, dijo:

—Nadie hay, Ambrosio. Bésame y dime esas cosas tan bonitas que sabes cuando me besas.

El navarro abrazó a su esposa, y, frunciendo las cejas en esfuerzo mental de captura de un piropo, murmuró:

—En la nave de tu carita soy el capitán de la dulce singladura, morenaza...

—¡“Guay”! ¡Abrázame, Rucio, que me troncho!

Corrió Carmen, sofocada, abandonando la cocina. En la ventana y desde el jardín, los rostros de Juan Pérez y Lucio Agudo Ostentaban lagrimones de risas contenidas...

Y Juanelo siguió diciendo, entrecortadamente:

—Pichoncito... Dame con el alón...

La primera cacerola se estrelló a dos centímetros del rostro de Juan Pérez. El rodillo de amasar atravesó la ventana, porque ya los dos piratas estaban lejos.

Y Ambrosio Bustamante encontró que el único inconveniente de estar casado era que sus tres compañeros fueran solteros, y que la euforia de amar hiciera decir palabras que a los demás causaban gracia.

Fue “Cien Chirlos” el que, al anochecer, puso paz, como árbitro.

—Aquí nadie hincha las narices de nadie, ¿está claro? Cosas hay más serias. Nuestro jefe huele algo raro. Parece ser que nadie sabe dónde están unos señores que él busca. Por si las moscas, vigilad bien la casa

La noche sin luna tenía una placidez de quietud. Ni un soplo movía la vegetación del jardín que rodeaba el hogar del coronel Lezama.

Pero Sat-Song, el hombre-estatua, estaba muy ejercitado en deslizarse trepando en absoluto dominio de adherirse al suelo, y sir avance lento casi semejaba carecer de movimiento.

Logró introducirse en el vestíbulo, donde, sólo una.linterna iluminaba tenuemente el recinto. Vio su estatua. Fue veloz en revestir las ropas de mandarín, y la escultura de madera sin ropas quedó oculta tras un cortinaje.

La estatua era ya Sat-Song...

* * *

—Dos, cosas me intrigan, viejo— dijo Lezama, tras cenar, y cuando Mireya estaba haciendo compañía a Humberto.

Habíanse retirado Cheij y Gabriela.

—Una es la desaparición extraña de Lorenzo Olivares y sus dos agentes, así como la de maese Huarte. Nadie sabe dónde están. La carroza que debía llevárselos a ellos sigue esperando, y en *La Voz del Hurón* siguen aguardando a maese Huarte. Eso por un lado. Y después está la conducta de Lucientes y sus dos compinches. Apenas cayó muerto el Montañero que asesinó a la novia de Humberto, los tres dicen que van a dar un paseo, y el abrazo de Lucientes fue como sí se despidiera para nunca más volver. Todo eso es extraño... Ven conmigo. Iremos a hablar con el teniente Santana. Él sabrá dónde fueron los tres camorristas. No sé por qué me parece que la desaparición de los policías y de maese Huarte está relacionada con lo que, más que paseo, me huele a empresa aventurera de Lucientes. Hablando con el teniente Santana, algo averiguaré.

Atravesaron ambos el vestíbulo, donde Sat-Song substituía a la estatua. Se detuvo el Pirata Negro unos instantes para ceñirse el cinto. A su lado, “Cien Chirlos” miró hacia la estatua...

—No me gusta, señor.

—¿Por qué?..—Y también Lezama miró a Sat-Song.

—Parece viva.

—Mayor mérito del artista. Mireya no ha tenido aun tiempo de verla con detalle. Ya le he dicho que, si no le gusta, la convierta en leña para el fuego. Vámonos.

Sat-Song quedó a solas en el vestíbulo. Su respiración contenida se exhaló lentamente…

Volvió a adquirir la absoluta inmovilidad. Alguien andaba en el rellano superior…

Sat-Song, mente oriental, meditó que el Destino tenía a veces ironías imprevisibles que hacían pender la vida de un ser humano, y el fracaso o el éxito de la empresa mejor planeada, de detalles, minúsculos en apariencia.

Los dos hombres, que acababan de detenerse ante él… Las dos mujeres “punto vulnerable” de uno de los dos hombres que acababan de salir…

Su misión era matar a la esposa del conde Ferblanc si aparecía ante él la primera y raptar a la prometida del hijo mayor. Pero como el doble rapto era imposible, y también la doble muerte no bastaba para la refinada venganza, porque no bastaría par a atraer al que Latacunga proclamaba el exterminador de los Montañeros, Sat-Song pensaba que la suerte vital de una existencia dependía de muy débiles factores.

Aunque en definitiva, siguió pensando, nada cambiaba en el desenlace, más que anticipando la muerte, y siendo casi más de desear la suerte de la que primera se presentara, ya que para la raptada la muerte sería mucho menos benévola.

Vio que por la escalera descendía una mujer morena y de delicadas facciones. Llevaba un lujoso vestido cuyo corpiño de amarillos brocados presentaba unas manchas circulares que habían dejado un halo más obscuro.

Pasó a unos cinco metros, entrando en dos salas sucesivamente. La mano de Sat-Song que no empuñaba el pincel, estaba oculta bajo el vuelo del ancho ropaje de mandarín que cubría sus ropas habituales.

Estrechaba el mango de un agudo estilete…

Fueron otras dos veces las que la mujer pasó por el vestíbulo. Y quizá por los comentarios oídos sobre la estatua, acercóse la mujer para mirar los rasgos impávidos de Sat-Song.

Y la ocasión que el Oriental esperaba se presentó al volverse

lentamente la mujer. Brilló veloz el destello del estilete antes de hundirse mortalmente en herida certera entre los dos omoplatos.

Sat-Song, en pie, rodeó el cuello de su víctima aplastando contra los labios femeninos la mano que hasta entonces había empuñado el pincel.

Pero ningún sonido, aparte un estertor, se escapó de la garganta femenina.

Mientras, andando sin ruido sobres las zapatillas de piel y suela de cáñamo, Sat-Song trasladaba a la muerta a una de las salitas, una mancha roja fue extendiéndose por el corpiño, yendo a difuminar las formadas por la torpeza de la criada Carmen en el vestido de Mireya de Ferjus.

Dejó el oriental a su víctima oculta bajo un ancho mueble. Y recuperó rápidamente su postura estatuaria.

Había creído oír pasos... Poco después alejábanse los pasos de uno de los tres piratas que rondaba el exterior.

Sat-Song decidió que debía actuar, porque podía ser descubierto el cadáver de su primera víctima. Habíase informado de la disposición de las habitaciones.

La muerte do Mireya de Ferjus señalaba a Gabriela Lucientes para ser la raptada...

En el vestíbulo volvió a quedar la verdadera estatua, despojándose Sat-Song del ropaje de mandarín.

Llegó al rellano alto, y sin el menor ruido penetró en la habitación de Gabriela Lucientes. De su cinto había, desenrollado el ancho lienzo de seda que debía sofocar cualquier grito de la secuestrada.

Una hora después reuníase con los mestizos que le esperaban. Y la comitiva con los cinco prisioneros púsose en marcha hacia el monte Diadema, en la comarca de la Quebrada, donde aguardaba Marcos Cortezo.

Al día siguiente, desde lejos, Vio Sat-Song, al frente de sus hombres, pasar el grupo Austral de los Montañeros, ante los que, junto a Chano Sáez, cabalgaba un desconocido para Sat-Song: Fraseo Zarzales, el señuelo vivo que arrastraba a los Montañeros hacia las arenas movedizas, mientras, muchas leguas al Este, Diego Lucientes, en compañía de Olaf Bjordom y sus Montañeros, los llevaba hacia la comarca de las Damas del Arco.

¡La más trepidante literatura! ¡La preferida de la juventud!
¡La que elevará su ánimo a las más altas cumbres de la emoción!

EL PIRATA NEGRO

La más audaz existencia puesta al servicio de la aventura, sobre el escenario prodigioso de los siete mares.

TITULOS PUBLICADOS:

1.—La espada justiciera.
2.—La bella corsaria.
3.—Sucedió en Jamaica.
4.—Brazo de hierro.
5.—La carabela de la muerte.
6.—El leopardo.
7.—Cien vidas por una.
8.—La bahía de los tiburones.
9.—El corso maldito.
10.—Rebelión en Martinica.
11.—Los filibusteros.
12.—La primera derrota.
13.—La dama enmascarada.
14.—Los tres espadachines.
15.—Los mendigos del mar.
16.—El rey de los zíngaros.
17.—Noches fantasmales.
18.—Montbar, el exterminador.
19.—La tumba de los caballeros.
20.—Frente a frente.
21.—Esclavitud y rescate.
22.—Deuda saldada.
23.—El holandés fantasma.
24.—"Mezzomorto".
25.—Mares africanos.
26.—Enemigos irreconciliables.
27.—La ciudad invisible.
28.—El capitán Lezama.
29.—Contra viento y marea.
30.—Manopla de terciopelo.
31.—El caballero errante.
32.—Sucedió en Sevilla.
33.—La tizona toledana.
34.—Máscara de flores.
35.—Angus el tenebroso.
36.—La furia española.
37.—Dos españoles en París.
38.—Intriga macabra.
39.—La mujer del vampiro.
40.—El castillo de Civry.
41.—Los cuervos.
42.—Odisea en Italia.
43.—Los cuatro dogos.
44.—La princesa azul.
45.—Tres amores.
46.—Escala en Tenerife.
47.—Los negreros.
48.—Rumbo al Caribe.
49.—Rebelión criolla.
50.—El hijo del Pirata.
51.—"El Chacal".
52.—La Legión del Mar.
53.—La Amazona.
54.—Un violín en la tormenta.
55.—Los tres trotamundos
56.—El Marquesito.
57.—Reunión en palacio.
58.—El león plateado.
59.—El pirata novel.
60.—El reto del "Chacal".
61.—La costa dorada.
62.—En pos de "El Chacal".
63.—El "León" y "El Chacal".
64.—Aguas revueltas.
65.—La voz de la sangre.
66.—El verdugo espera.
67.—Tres cabezas.
68.—Las damas del arco.
69.—La fortaleza sitiada.
70.—Manada de lobos.
71.—Una familia peligrosa.
72.—La dama del mesón.
73.—Cara y cruz.
74.—Hogar, dulce hogar.
75.—"Pañuelo Negro".
76.—La hija del virrey.
77. Capitanes de fortuna.



EDITORIAL BRUGUERA · BARCELONA